

PRIMERA
MUERTE

Colección LOS PRESENTES



© Editorial Universitaria, S. A., 1971

Inscripción N° 39.448

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Texto compuesto con

Linotype Bodoni

Se terminó de imprimir esta 1ª edición
en los talleres de

EDITORIAL UNIVERSITARIA

San Francisco 454, Santiago de Chile,
en el mes de diciembre de 1971.

3.000 ejemplares.

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

Cubierta de *Mario Toral*

ANTONIO
AVARIA

PRIMERA
MUERTE



EDITORIAL UNIVERSITARIA

1. Mauricio Wacquez, *Excesos*.
2. José Miguel Ibáñez, *Poemas dogmáticos*.
3. Luis Domínguez, *Citroneta blues*.
4. Hernán Lavín Cerda, *La conspiración*
5. Antonio Avaria, *Primera muerte*.

- 9 El frac
- 17 Insinuación de la angustia
- 27 Primera muerte
- 49 Mirada con Claudia al fondo
- 93 Sígueme
- 99 En traje de noche
- 113 Un aplauso
- 117 Baile de escobas
- 125 Aquí estamos mejor que enfrente

Pa'

Beatriz

y Diego

gusanos. La cremación de un cadáver es una odiosa forma de ingratitud. El difunto se ha servido de la tierra a su antojo, comiendo y bebiendo de ella, pisándola cada día; ha llegado —en su egoísmo— hasta mezquinarle el menguado alimento cotidiano, mediante artefactos y cañerías que esterilizan las materias fecundas. Es una ignominia —un gallo se escapa a todo chillar; el viejo jardinero reorganiza su garganta con un robusto escupitajo— que también a la hora veinticinco el hombre rehúse a la tierra el tributo de su cuerpo y le ofrezca, en cambio de fermentaciones y gases, una carta inservible de polvo estéril. Se avergüenzan del cuerpo quienes insisten en pasar por el horno antes de entregarse a la tierra. Parece que nunca hubiesen olido los aromas pútridos, pesados y mareadores de las plantas en verano. Se diría que jamás besaron los labios interiores de una mujer enamorada. El horno de cremación es una jugarreta cobarde, el último engaño a la naturaleza. Basta que mires en torno: la punta apelmazada del índice dispara contra los árboles; las hojas son ahora monedas tornasoles sobre las lápidas, en el jardín más bello de la ciudad. »Ellos« —gesticula el viejo, cargando el paso y volviendo los ojillos en todas direcciones. »Ellos« —patea el suelo, azotando el aire con las valencianas del pantalón salpicadas de barro— »los muertos han hecho este jardín«. Así como de algunas sustancias fétidas resultan los perfumes más afamados de Francia, la disolución de los cadáveres produce esas flores particularmente hermosas de los cementerios. Vamos, él puede decírtelo, conoce su oficio. Y si quieres aprender una verdad, has de saber —aprieta tu brazo— que mientras el ser humano hieda, está vivo y puede engendrar; la incineración es una medida abortiva. ¿No te parece? »Bien sûr«, replicas, ruborizándote, y te interesas por el plano, que no ha resistido incólume la diatriba. Puedes tomarlo, cierta-

mente, y dar en cambio la voluntad; es una cosilla insignificante que ellos —»nosotros«, repite el viejo, »nosotros«, con engolamiento— han hecho para ayudar a los visitantes. La palma se extiende, pedigüeña y tú dejas en ella dos monedas de cien francos. Una suma excesiva, pues sabes que en la Administración entregan el mapa por nada. »Merci bien, monsieur«.

Te dice, sardónico.

II

El hombre tenía razón: es una preciosa arboleda. El cabrilleo de las hojas y de las losas encandila los ojos. La primavera irrumpe por todos los sentidos. La piel de tu cuello se hincha. Hay una sensación definida de cópula en el aire. Los perfumes están inmóviles, distintos; las ventanas de tu nariz, tu boca, tus manos se abren, capturándolos con ansia. Entre las tumbas, la tierra huele a mujer. Las flores inservibles han sido tiradas a las acequias, formando miasmas pútridas que enardecen el olfato; en el vaho caliente, los moscos zumban desesperados, fornicando ritualmente, en círculos coléricos. Los cipreses exudan gotas aceitosas, esparcen fragancias de savia. Bajo la grava de los senderos, bajo las lápidas, germina una vida muda e irrefrenable. Testimonio de esos acoplamientos subterráneos son las florecillas que nacen de la boca de los muertos; a veces —en su ansiedad de polen— emergen partiendo las piedras en pedazos; vencidas por los aromas, abren temblando sus labios húmedos, ofreciendo el pistilo virgen a los insectos en brama. Sobre los mármoles, los caracoles se masturban al sol. El gran espejo oscuro se triza (Ici repose Colette) con las estrías de baba sexual. Las lagartijas duermen la siesta, aletargadas por la delicia del calor. La tierra suda; sus poros expulsan larvas blancuzcas,

como alfileres en los cuévanos de los ojos. Las emanaciones térmicas caldean tu cabeza. Fatigado, buscas un punto de descanso. Por entre esculturas, lápidas, cruces de hierro y árboles, distingues un gran grupo de gente que no parece moverse. Toma, ¿quién puede ser? Despliegas el mapa, sin encontrar indicación alguna. Tiras por un sendero medioborrado por la maleza, exasperando a los gatos, pisoteando las proliferaciones vegetales que brotan de las grietas equívocas del camposanto.

V

Según parece, es la tumba más frecuentada del lugar. Está construida con tres delgados bloques de piedra, semejante a los dolmenes primitivos. Los cantos laterales están atiborrados de macetas claveteadas sin orden. Bajo el baldaquín de piedra, emergiendo de un túmulo cargado de arriates, se yergue el busto en bronce de Alain Kardec, fundador del espiritismo belga. Una lamparilla de aceite, votiva, cae a pico sobre su cabeza. Los cirios encendidos, de diferente tamaño, circundan el torso. A los pies del promontorio se apretujan vasos de todos colores, y latas de conservas, presentando preciosos ramilletes. La Administración ha hecho poner al efecto, a pocos pasos, un enorme cesto de alambre, atestado ya de deshechos vegetales que rezuman vapor. A una distancia respetuosa hay una veintena de dueñas de casa. Vienen del mercado, con los bolsos repletos de las legumbres maravillosas de la estación. Van todas por los cuarenta, o por los cincuenta años, y la amenaza del climaterio parece amilanarlas. Están inmóviles, con el rostro de murria característico de las mujeres que nunca fueron vencidas cabalmente por un hombre. La ilusión, al clavar los ojos en la cabeza noble, semicalva del espiritista, les embellece ligeramente los rasgos. Demasiado defrauda-

das de sus maridos, demasiado burguesas de Francia para creer en las enseñanzas de la Iglesia Católica, permanecen impávidas, repasando con los dedos el cuero gastado de sus bolsos, mansamente, diez o quince minutos, sin poder echar mano de las oraciones establecidas aguardan su turno para hacer lo propio. Lo propio es lo que hace la señora visiblemente encorsetada que se destaca del grupo. Es muy rubia, probablemente más de lo que ella misma se propusiera. Se acerca a la gruta, remedando tímidamente los pasos lejanos de una comulgante; al mediodía, sofocada por los aromas fuertes del metropolitano, miró sin disimulo a un estudiante. Ahora apoya una mano en la frente enhiesta de Kardec, iniciando un trance que va a confortarla. Durante unos minutos, un rostro que la harina procura alisar refleja las asperezas, las miserias, la desolación de su vida. Te emociona el ensimismamiento de la mujer, su ausencia de pudor, su despreocupación hacia el mundo que curioseas. Extática, la boca semiabierta, la mirada implorante, recibe en su mano la fuerza mental del difunto. Su franqueza te calienta las mejillas. La crispación amarga de su rostro afloja gradualmente. Los labios se juntan, sonriendo casi. Tranquila, rehuyendo las miradas, la señora se va. Las devotas se renuevan constantemente, configurando siempre un idéntico grupo compacto y aislado, ajeno a los acontecimientos que se verifican en torno. Hay una anciana con un sombrero negro de paja; rechazada por sus hijos vivos, se consuela comunicándose con los muertos. En su cielo espiritista, te figuras al pobre belga asediado por los compromisos; seguro que ya ha purgado los rizos de las sienes; no ha descansado desde la hora en que hubo de morir. Hay también dos hombres jóvenes, vueltos de espaldas, el brazo alzado apoyándose en el dintel de la gruta, el rostro oculto en la axila, apostados como dos

efebos dolientes en la entrada del sepulcro. Alain Kardec está erguido en su pedestal, con un mostacho vigoroso y el bello irónico. Su reino ignora las estaciones del tiempo, ocupado en hacer telepatía.

VI El crematorio cae sobre ti.
Nada más tirar por la avenida, torcer en redondo hacia la diestra y has de echar la cabeza atrás, levantando los párpados con violencia. Es un gran templo helado con dos chimeneas. En el puesto del altar recibe una erinia desmelenada de proporciones gigantescas. Abriendo brazos y piernas, atrae a un muchacho en la flor de la edad. Te detienes, sorprendido: como símbolo, la estatua te parece un error. ¿Por qué un joven de cuerpo perfecto ha de echarse sobre las desnudeces ciclópeas de la tierra? En rigor, la imagen adecuada sería la de unos grumos de ceniza metiéndose entre los muslos. En el crematorio, es un desajuste figurarse a la Mujer Naturaleza en la actitud exangüe del deliquio erótico. Con el paso sonámbulo te mueves por el aire quieto y aséptico. Los muros son altos, lisos e infinitos. Subes lentamente las escalinatas y te inclinas de codos contra las balaustradas de mármol, sobre las perspectivas en penumbra. Tus movimientos son morosos, solemnes; te desplazas por los espacios fríos, en el vacío higiénico del panteón, como las figuras que proyecta la cámara retardada en el cinematógrafo. Únicamente el golpe sordo de las suelas contra el cemento hiende el silencio onírico, desolado. Recorres pabellones interminables; las paredes están agujereadas en cuadros geométricos, como los nichos de los pobres. Aquí hay colores, rojos vivos y morados, fotografías en marcos ovales de hojalata y flores mustias colgando de balconcitos agarrados a un clavo. Las lápidas forman un mosaico

multicolor, tapiando los agujeros donde los muertos yacen, encapsulados en pequeños ceniceros herméticos.

Te encaminas hacia una de las salidas, sorprendido de ver ahora los surcos abandonados, los seres oscuros que aparecen a la distancia y se esconden. Nubarrones espesos, bamboleantes, se acercan a la tierra y parecen apretar el aire. Vas entre dos filas de cerezos sin brillo, envuelto tú también en una cutícula de tonos opacos. Caen, espaciadamente, algunas gotas. Inexplicablemente, detienes el paso.

»Alguien vendrá ahora; alguien se acercará sin ruido a tus espaldas y va a poner un abrigo sobre tus hombros«. ¿Por qué esta aprensión absurda? Tus labios se arrugan, fijas los ojos en la calle vacía. Ahora, adelante, hay un carrito con un ataúd encima. Te echas a un lado de la vereda. A tus pies, una losa horizontal: el musgo ha entrado en los huecos del epitafio; las letras parecen bordadas con terciopelo, verdinegras como el frac de tu padre muerto.

Insinuación de la angustia

Después de comer, las mujeres van a la cocina y vierten agua hervida en bolsas de goma. Ocuparán los baños unos minutos y efectuarán su fregado de dientes pensando cosas. A veces hay disputas y alguien, en camisa de sueño, gritará unas palabritas agrias. Tus oídos espían toda vicisitud, el arrastrar de pies hasta los lechos y las pisadas en la escalera. Si tu espíritu se empeña, muy pronto —forzando la voluntad, mediante un tiempo costoso, telepático— tendrás silencio. Puedes ya ensacarte dentro de tu *fumoir* y bajar a la planta baja. Aquí preparas una taza de café amargo y la llevas al salón, tanteándote el vientre.

Una pelota azul ahora, en el sofá. Y brazos que acercan una mesita, los útiles de fumar, el aparato de radio. La cancerosa voz expectora antes de sintonizar; pasas la molestia gustando con los labios los bordes delgados de la loza —o la porcelana, si recibimos visitas a la hora del té y el tiempo se hizo corto para preparar la comida —y te sientes una tierra sensual para el arroyito de café. Cantos gregorianos, no cabe duda.

»Es un coro de ancianos« —apostillas con bienestar, como si nada. Los Kyries se estiran, se esponjan, van y son devueltos por los grupos de voces. Pero tú no sigues estas acrobacias, no te preocupas de ese ballet perfecto de las sílabas; estás haciendo cuestión de ti mismo. El mecanismo no es nuevo. Tiene los años de tu mundo: la primera confesión en la capilla del colegio, cuando —el primero en la banca— dejaste avanzar a todos sus compañeros antes de ende-

rezar hacia el cuartito del Padre Domínguez. Cómo podían reír y hacer temblar la tabla del largo reclinatorio, por Dios (ya jurabas entonces). Entraste veloz en el período de la sala casi desierta y callada y silbante con el abejorreo inquieto de Manolo y el Padre. No se podía demorar más. Tus ojos, hipnóticos en el perfil de los trastes gordos de Chanchito Manolo, sobresalientes como una pirueta; los pantalones le iban demasiado cortos, le ahorcaban los muslos vivísimos, nerviosos mientras cuchicheaba. Manolo había prometido hacerle chancaca si no parabas de saludarlo »Manolo cara de polo, chanchito, gordo, peíto«. Oh, si Dios lo quisiera el padre Domínguez te olvidaría hasta mañana, o podrías enfermarte de repente; en tal caso —lo sabes bien— te llevarían en vilo a la oficina y nadie te exigiría nada, ni copias, ni líneas, ni lecciones, ni confesión. Manolo cara de polo, gordito, peíto huyó conmovido del confesionario: comenzabas a hacer cuestión de ti. Se trata de escudriñar la súbita vacación del alma que gozas cuando repites es un coro de ancianos. Ahora, a una distancia irónica de tu primera confesión, tienes a tu lado las lecturas. Torna al niño y roba el sacapuntas a Marcel, Marcel, el que nada quería perder (sí, recordado maestro: el bollo de magdalena y los olorcillos). El recetario es infalible: no conviene dar de porrazos a la memoria; no escuches otra vez porque el feriado terminará; déjate ir a cualquier parte. Indispensable obtener algún dinero para almorzar el viernes en el restaurante naturista; evitar a toda costa esa molienda de cochayuyo con hedor a vómito que sirven en casa, para cumplir con la iglesia. Reconoces la voz: el viejo monje franciscano amando el armonio en la misa de ocho. El rostro noble, rosáceo, la cabeza enteramente blanca —un algodón al aire— con calvas en la tonsura que no requiere de navaja (el moreno padre Gómez muestra

siempre unas púas negras; es peor cuando se hace afeitar: parece aceitado con lubricante). La misa provocaba su deliquio y enamoraba al armonio para Dios. Tenía este acento, la misma voz. »El padre Majencio es un santo« —decía tu abuela. Lo veías pasar en bicicleta, el algodón puro deshaciéndose en el viento. Y vives de nuevo todo aquel invierno en La Serena, el olor tibio en la casa ruिनosa y extensa de la abuela. Tu habitación se abría al primer patio, cuadrado, empedrado de huevillo. Bellamente saltaban algunas plantas y dos o tres grandes macetas criollas. Tomabas tu sillón después del almuerzo y lo acercabas al buen sol; la mirada se iba derecha al centro, donde el naranjo —justamente el árbol que prefieres. El mes de julio acentuaba el verde seco, la tenacidad del tronco y las ramas. Más arriba los techos picudos de tejas rancias, paliduchas, y detrás el pescuezo de la catedral, gobernando las horas. Pájaros, dos, han de ser palomas. Ese calorcillo muy suave del sol de invierno te poseía. Chupabas un cigarrillo y la siesta te envolvía en semisueño, un semitibio que llegaba a torturar la cabeza. Apagabas la brasa, la disolvías contra el cenicero. Entrabas el sillón y oscurecías el dormitorio. El encantamiento revive todos los instantes. La carrera diaria a la sala de baño, atravesando dos patios interiores, al fondo de un corredor; la ducha fría a las siete y media y la gustosa misa de ocho, rodeado de viejucas que entraban al templo comiendo. Así te parecía; en verdad se ajustaban constantemente las placas dentales. Sus quijadas se alargaban formando bolsitas de carne floja, colgantes de la barbilla. La piel cansada del rostro se reunía allí. Apretaban rosarios de cuentas negras; pasaban y repasaban las bolitas, rezando y masticando, sin preocuparse del Sacrificio de la Misa. Tú guardabas fidelidad a la liturgia, buscabas en la epístola algún mensaje personal. Y

el bienestar de arrodillarse o ponerse en pie con el canto del padre Majencio; entendías que su voz era la caridad del templo. Pensabas en el desayuno, en el naranjo, amabas a Dios. —»¡Picaronazo!«— te reprochaba abuela, pues no quería que recordaras (así dice ella, así hablaba Garcilaso) antes de las nueve. Te seguía al comedor, donde aspirabas con delicia el aroma del café con leche y las tostadas que dan la alegría. Una curiosidad de niño cosquilleaba por adivinar la primera sorpresa del día: un tajo de torta, panecillos dulces, papayas confitadas o aquellos oquenditos gordezuelos, preparados según receta que ignoraba la vecina (la señora Amalia también guardaba algunos secretos). Volvías a tu habitación con una tetera de agua caliente y te hacías la barba en la jofaina de fierro enlozado, sin despegar los ojos serios de tu imagen, sin dejar de hacer visajes y movimientos inesperados con la esperanza de descubrir algún ángulo inédito de tu personalidad. Era la hora de las aprensiones del vientre, los gratos retortijones: echabas una loción ardiente a las mandíbulas, limpiabas los enseres y caminabas al baño. Seguía el largo paseo de la mañana, por la Alameda, revistando las estatuas, a veces hasta el faro, el mar. Trepabas la cureña del cañón que debió tumbar al pirata Drake y no lo hizo y dabas la cara a las olas hasta aburrirte gratamente. Al rato llegaban unas muchachitas insignificantes, en pantalones, montando bicicletas. Oías ávidamente sus charloteos y risas. Volvías a casa, acuciado por el deseo de leer algo. Te encerrabas varias horas en el salón viejo, con el piano en desuso, que desafinaba. Jamás se hizo la limpieza en ese cuarto; las paredes tenían anchas rayas de pringue y humedad —cortadas por los retratos de los que pasaron antes, en marcos macizos de gruesas molduras. Había uno de mamá, una chica pálida de dieciséis años con dos anchas trenzas claras

sobre el pecho. Arrastrabas una mesa de ruedas junto a la puertaventana que da al segundo patio —selva de plantas diversas y chirimoyos. El cuarto era muy alto y oscuro; únicamente tu espacio recibía luz. No había modo de sentarse dos veces en la misma silla, porque —menguada por el gusano— crujía. Alguna vez, al agazapar tus fuerzas para dar remate a un parrafito, la silla de tus abuelos se derrumbó (ellos llevaban barba, pero desdeñaban la literatura). A las once en punto entraba abuela, con una taza de ulpo caliente. Preguntaba si estaba bien de azúcar y esperaba a que probaras el tazón. Unos segundos antes, tenías la papilla Pavlov en el epigastrio. Tú mismo lavabas los restos de mazamorra; ésta era la segunda vez en la jornada que merecías un »¡Picaronazo!«. Al mediodía —el carillón avisaba, desde el cerro del regimiento —ibas a correos y permanecías media hora en un banco de la plaza, acabando una pipa. Si había sol, mirabas los juegos de los niños y a las madres jóvenes y bellas que se sentaban por ahí. »Si las cosas no fuesen como son, querría tomar de amante a una madre joven y bella«. Durante el almuerzo (te contemplabas comer, sin repugnancia), abuela enumeraba los regalos que recibiera esa mañana de sus amigas, porque todas sabían que tenía a un joven en la casa. Después del té la acompañabas a visitarlas y al mismo tiempo que te esmerabas en responder con modestia y alegría, tu poderoso intestino daba las gracias con desparpajo.

Gozas un momento de felicidad pura. Pierdes la comprensión del tiempo. ¿Ves, querido? No debes quejarte. Sería cosa de amarrar un hato cada vez más ancho de memorias así: explotarían dulcemente durante tu vida. Triunfarías sobre la ansiedad: todo sería reconocer. De no estar exactamente aquí, aspirando cigarrillos junto a la caja de la radio, en esta

noche, la experiencia de la felicidad no hubiese venido. Te proponías ir al cine; de haberlo hecho, ignorarías este instante y todo habría sido puro cinematógrafo. Primero una película de acción. Segundo ambular por las calles, indefinidas a fuerza de resobadas, Ahumada, Alameda, San Antonio, ensimismado y alerta, muy ingenuamente, con la única excusa, secreta, aguijoneante y frustrada, de trazar alguna vez un fresco impresionante de la ciudad nocturna. Por eso miras los carros de agua y la grosería atroz de las chicuelas descalzas, de siete años, que fuman y se insultan y masturban a los adultos solitarios y te piden un billetito por el amor de Dios. Llegas a un conocido café de Alameda y tomas asiento a una distancia sabia de la mesa que los artistas rodean. Los medirás con cortesía e interés. Verás a Equisquis, un hombre joven que producía la impresión de estar de continuo ocupado en sustituir por la literatura el exhibicionismo agudo a que lo obligaba su patología. Saltando un período oscuro de su vida, en la treintena apareció con una obra poética de imaginaria original y elementos tomados de sueños y fiestas anteriores al destete. El libro tenía novedad. Desde aquel año, los tabloides no han cesado de consignar las figuraciones del poeta. Con motivo de un artículo moralista de un escritor de otra generación —quien sugería a los jóvenes que pesquisarán literatura dentro de ellos y no en los cafés— el cuerpo completo del escritor Equisquis fue fotografiado, y reproducidas sus airadas insolencias. Ha presentado a conferenciantes, ha hecho de empresario (jamás fue comparsa) en concursos literarios y juegos de poesía. Sus donaciones para los premios especiales »Equisquis« —la fortuna de su único padre, su madre, le permite consagrarse por entero al trabajo artístico— han sido elogiadas, ganándole otra excelente reputación —mecenaz— a las considerables que poseía.

La circunstancia de vestir siempre bien, el pecho deportivo que abomba la camisa hasta un primer plano singular y la envidiable convicción que impone —la de darse varios baños al día— fuerzan al espectador a pensar en hojas frescas de vegetales, recién rociadas. Tiene justamente unas orejas lechugadas, de gran desarrollo, como conchas de consuetudine. Recuerdas las páginas centrales de un vespertino; allí el escritor —jorobado por una crítica sarcástica— aparecía mirando desdeñosamente al lector, mientras su mano derecha formaba un gracioso canastillo. Uno piensa, cuando le ve entrar en un café u ocupar un estrado, a éste le ha costado trabajo habituarse a la idea de que no camina desnudo. Los artistas te ojearon y alguno te saludó. Ninguno sabe bien de veras quién eres y qué diablos buscas; te han visto muchas veces, con barbita, con chomba de marinero, hasta de fraque una vez. Ahora vistes discretamente y pedirás una paila de huevos revueltos con jamón y un vaso de leche, o una cerveza blanca, y café. Pronto los dejarás para detener los ojos en Ingeborg, una mujer espléndida que está a la entrada, midiéndonos. Los espectadores le devolvemos soezmente el naipe. Sobre los pechos entesados, lleva un sweater oscuro que la ciñe hasta la opresión de algunas gargantas —la tuya— y reabre el abrigo para apoyar una mano en la cadera. Sabes que es bailarina, que mantiene en Horcón a un pescador chulazo al que viste de torero y se pasea por la playa colgada al brazo de él y le ha dado ya dos pescaditos. Las mujeres han de observarte alguna vez y mostrarás una afectada indiferencia. Querriás que bajaran a tu arena para luchar; tu sangre se calienta por poseerlas y piensas que si fuera más temprano —te levantarás a las siete del lecho— visitarías al fin, por primera vez, algún burdel de la calle San Martín; tu miseria se aliviaría con una súbita y furiosa

descarga sobre una mujer blanca y tensa. Aburrimiento incómodo. Te parece que ocupas una mesa sin derecho, y si fumas otro pitillo lo haces desafiante, porque estás intranquilo. No es el caso de los jóvenes del arte. Permanecen horas con un vaso de vino, dan órdenes y departen burlescamente con los mozos —oye tú, príncipe (a un bizco de figura magra, pelo lacio negro y manos sucias; a ese mozo de cara venal dejarás una propina abundante). Entre ellos se sienta un muchacho de jersey oscuro y rostro simpático. Es el nuevo Neruda; así sostienen sus camaradas; el mismo Neruda pidió callarse a los aficionados, porque ahora tenían por delante una auténtica parusía poética, un verdadero poeta (oh, Pablo). Pérez está presente, »el escritor más interesante de Chile«, según prólogo de Neruda; había comprendido que el carbón se quemaba por una novela. »Tú comprendes —te explicó un escritor joven— que el juicio de Neruda es... finaál«. Cortó la oración con un bello ademán del brazo y su boca se abrió que era cosa seria, cabal de qué le hacían tragar; la ahuecó en el acento al porque lo bueno es bueno, porque el vate, porque Paáblo, pavdo. El príncipe observó con desprecio tus gesticulaciones; entonces desafinas con la cucharita del café, jugando a la marimba contra el vaso, la taza y la alcuza, ensayas diversas series ruidosas hasta conseguir que asiente la servilleta sucia en el antebrazo y se acerque con la insolencia de un francés. Afuera. La hora en el campanario de San Francisco y una pareja de mujeres te invita a pasear, lindo. Sonríes, halagado; les ofreces cigarrillos y dejas que te cortejen unos minutos. Te alejas diciéndoles que no se puede hoy, como si no lo llevaras puesto. Recorres unas cuadras por la Alameda y tuerces hacia el Forestal. Habitualmente, a esta hora, el Parque está desierto. Descansas en los bancos que ocupaste en otro tiempo con alguna

muchacha. Cada uno —cada una— recibe tu cortesía. Aquí —mirando hacia la fuente con los pescaditos, redonda y baja: habías abrazado a la muchacha (ciertamente, te había ya confiado datos sobre su niñez y problemas; según y conforme, le confeccionaste una teoría ad hoc); al poco la alzaste en brazos y la tumbaste sobre el césped, justo ahí —apisonarás el lugar con los ojos, con tristeza y orgullo; sería verano— para besarla a conciencia. Quizá le descubriste los pechos blancos (¿Te hago daño, mi niña?) y te los dio a besar, con gratitud, con quejas. Habrías alejado los lentes porque estorbaban, pero asimismo porque sin ellos —»pareces un caballo sin riendas«, bromeó, equivocándose, un amigo— posees un rostro conmovedor de despojado, de peregrino por la tierra; tus ojos adquieren una vaguedad interesante. Pronunciarás un monólogo en voz alta, impostando la voz, golosamente. Un discursito espetado mediante una mímica discreta, eficaz, tal como enseña Timon en su libro sobre los oradores. Un discurrir amable y sin propósitos equívocos enderezado al cráneo del mundo, a los huevos del mundo, a las mismas mollejas de la luna. Un anhelo legítimo de explicarles tu persona. La nobleza se obligará en seguida a ser cortés con el pilón de agua. El Palacio de Bellas Artes es un fantasma inmenso a través de los árboles. Andarás dos veces cien pasos y te inclinarás —tú, el sonámbulo— y dejarás que el agua desborde la boca, el mentón, la garganta. La verdad, por Alejandra sentiste cariño. Le insinuaste que bebiera, sabiendo que le poseerías la boca hasta servirte toda su humedad. »Tesoro, tesoro, tesoro« —y repetía incansable tu nombre mientras caminaban después, abrazados. Y aunque tu felicidad tenía motas, porque temías hacerle mal, tú la querías, la verdad, la querías; no para siempre —porque pisabas con exasperación la tierra—, ni te hubieses casado con ella,

pero aquello era amor. Estás inmóvil frente al edificio de la calle Merced: ahí la despediste la víspera de navidad y piensas en ella. Parece ser que has perdido la conciencia, porque no recuerdas cuánto hiciste alto. Gajes, amigo, gajes. Haz uso de un árbol en sombra —la nobleza te obligó a beber agua en exceso— y alcanza el paradero de microbuses en Plaza Baquedano. Todavía más antes de entrar en el lecho, todavía el café de nombre italiano donde te asomarás, todavía la charla con un borracho, todavía los niños mediodesnudos que duermen anudados, los perros fornicando a la intemperie, los taxímetros jodiendo, el cuento del tío, sí huevón y la espera del trolebús que te tragará de un bostezo.

Es extraordinario estar aquí, esta noche, ensacado en un *fumoir* azul. El locutor explica que hay ocho maneras de entonar el gregoriano; ésta es una. Te equivocabas al asociar la vejez con esta manera de cantar. Gajes, viejo.

Primera

muerte

I No permite que lo conduzcan al dormitorio. No quiere ser desnudado. Desabotona el chaleco, te da el reloj con la cadenilla de oro, arranca la corbata y afloja jadeando el cuello de su camisa. Al inclinarse sobre los zapatos, el pecho cruje. Se endereza con esfuerzo, con un suspiro. Tu padre se desplomó en el lecho y dijo:

—No quiero que el niño me vea morir.

Dos días antes, pusieron a abuela en tierra. Terminado el sepelio, padre había llorado. Era un hombre enérgico, de cóleras temibles. Los enterradores —de uniforme azul— taparon la fosa con una plancha de cemento; la apuntalaron a barretazos. Mientras el cortejo se dispersaba, padre oprimía tu mano. Antes nunca lo viste llorar.

Fue a buscarte a la escuela. Tranqueabas con alegría, orgulloso de dejar las clases junto a él. Era una novedad que permáneciera en casa desde temprano. Comprendías vagamente que te necesitaba. La impresión era absurda, casi insolente, pero él nos miraba a todos con los grandes ojos tristes y mimaba a mamá —a quien esta exteriorización inusitada de cariño trastornaba: parecía más joven, recién enamorada, moviéndose por las habitaciones mientras él hablaba con los hijos; en un momento vino a sentarse sobre sus rodillas, mientras tus hermanas disparaban a reír y tu hermano menor construía un castillo y

tú quedabas perplejo, preocupado, también feliz. Era una sensación muy rara: consolábamos a padre.

Se alzó del asiento y sonrió, anunciando que él mismo plancharía sus pantalones. Todos corrimos al cuarto de costura a preparar las tablas a las órdenes de mamá.

Entonces sus ojos se pusieron blancos, contra la lámpara del techo recién encendida. Madre extendió los brazos y lo llamó, mientras el hombre luchaba, casi inmóvil, con las manos abiertas y la boca buscando aire, desencajándose.

Dice: no es nada. Una sonrisa rígida le transforma el rostro. Las comisuras de su boca tiran hacia abajo. Se dirige al dormitorio, simulando aplomo, incapaz de dominar unos pasos de muñeco llevado por hilos. Alguien alarma al médico, al cura, a los tíos. Unas sirvientas de ojos saltones acuden a acostar a los niños. Arrodillada, madre le retira los zapatos. Se ahogaba. En su mirada —vuelve a ti la cabeza para despedirte— las pupilas negras desaparecen hacia las cuencas.

Las córneas blancuzcas, vagas, volteadas: así lo abandonas, aguardando en el cuarto donde las tablas ensambladas alucinan, la llegada del médico que vive a pocos metros, del cura calvo de la parroquia, de los tíos que te daban dinero, de las tías o caramelos a quienes besas con cariño y repugnancia.

Te aíslas en el salón del primer piso, sin dar la luz. Empuñas el reloj y la cadena del chaleco. Tía Clementina se martiriza los pelos en el vestíbulo, llorando a gritos, apostrofando al Señor tu Dios porque son cuatro hijos menores y él es un hombre tan joven y »ella«, no será capaz de mantenerlos, no es posible. Para el Señor todo es posible. Tío

Roberto entrevé tu silueta a través de la puerta de vidrio; adelanta el rostro intrigado y te encuentra en el sillón de alto respaldo. ¿Qué haces? ¿Por qué estás aquí, a oscuras? No sabes si tu padre ha muerto. Tomo poco quieres ir a su cuarto. Piensas que va a morir. No sientes curiosidad por verle: antes quieres comprender. Ayer estabas junto a él en el salón y por la puerta abierta a las terrazas pasó tu hermano menor a todo lo que daba, jugando a los caballos y padre observó a los mayores que le prestaban consuelo: »sólo tiene cinco años; no entiende, mi pobre hijo, que su abuela murió«. Bajaste los ojos, tengo diez años. Empezabas a acompañarlo en viajes breves. Amabas esas salidas en tren, hacia alguna ciudad de provincia: mirar el campo a través de los vidrios, la parada en las estaciones, la grito de las vendedoras que ofrecen cucuruchos de dulces por las ventanillas y padre accedía a comprártelos, las comidas en el coche-comedor, la mantequilla en bolitas, las tostadas; tenías su promesa, para el próximo año, de navegar hasta Punta Arenas y desde la ciudad más austral del mundo hablarías a casa por teléfono y conocerías aquella famosa esquina donde todos los vientos entrechocan y los transeúntes caen de bruces, sufriendo los salivazos de ambos océanos, aferrándose al suelo, girando en torno hasta salir despedidos, como en la Rueda del Diablo.

Esta noche los cuatro hermanos dormiremos en la misma habitación, el dormitorio de »las niñitas«. La novedad es una diversión para los menores. Tus hermanas se arrojan almohadas y tú las dejas hacer, sin intervenir, sin castigarlas.

—Generalmente tu padre te permitía dormir en un extremo de su cama era frecuente que al amanecer mojaras las sábanas despertando de un sueño delicioso con las aguas calientes todavía

escurriéndose luego era el escozor en las piernas advertía tu desdicha mucho más tarde y se enfadaba pero nunca tomó el cinturón por ese motivo en ocasiones la disputa entre los durmientes de las camas gemelas te despertaba en un momento de la noche al saberte despierto callaban por eso no te movías y cerrabas los ojos una vez tu padre se fue a dormir a otra habitación.

Tío Roberto viene a buscar el reloj. Le dices que no: puede llevarse la cadena, pero vas a guardar el reloj. No insiste. Ignoras si padre ha muerto. Se te ocurre de repente: si muere, poseerás el reloj y el lapicero.

Los miras jugar, a tus hermanos, sin acallarlos. Nos sirven el desayuno en la cama, lo cual es otra entretención excepcional, pues siempre hemos de tomarlo vestidos en el comedor. Aún no te levantas y llega tu primo mayor. Entra acompañado de tío Germán, quien se va y Claudio se apoya en un rincón, donde se juntan dos paredes de color rosado; silencioso, con atuendo oscuro, mira reñir a tus hermanas y llora con la cabeza echada hacia atrás.

Tú, no. Aún no sabes llorar. Es un sueño. Los objetos son transparentes, vistos entre lágrimas que esperan y no puedes expulsar. Instantáneas veloces, irreales: el escorzo de Carmen al arrojar un almohadón y saltar, usando de catapulta los resortes del lecho y la novedad de encontrarnos en el mismo cuarto por la mañana y Claudio mirando esto con ojos llorosos, sin preocuparse de sorber las lágrimas que cruzan su boca. ¿Por qué llora Claudio, si su padre no ha muerto? Quiere mucho a papá, quien siempre le regala dinero.

Patricia acaba de cumplir ocho años. Por la muerte de abuela no ha tenido fiesta ni regalos. Te mira de repente, seria y ansiosa.

—¿Murió papá?

Perpleja, desvalida. (Eres el mayor; creces con las preguntas de los demás).

—Sí, como abuela. ¿Qué vendrá ahora?

La pregunta que haces y un ademán incierto —como si poseyeras el misterio— provoca en los ojos de tu hermana un rápido signo de admiración. Oculta el rostro, porque entre nosotros las emociones no se manifiestan; sólo la ira, o un rudo cariño que se expresa forzando cómicamente el habla en trabalenguas pueril.

II Padre no está en su lecho. Padre está en el centro del comedor, metido en un ataúd como el de abuela. Te deslizas escaleras abajo. La ventanilla estará abierta y él adentro, fajado, horizontal.

Una caperuza de fraile le rodea el rostro, la barba dura —te gustaba rasparla—, la frente amplia. Una almohadilla de terciopelo recibe su cabeza. Alguien te levanta: dejas un beso en las mejillas endurecidas. Un rictus desacostumbrado en un ángulo de la boca; padre ríe. La muerte ha puesto filos en los huesos de la frente, en el bosqueje de las cejas, en los grandes párpados echados, la nariz, el surco de los pómulos a la mandíbula y el mentón.

Al besarlo, rozas virutas de fierro. Huele a medicinas, a pimienta, a canela. La tez donde restriegas tus mejillas ha tomado aspecto ferruginoso. Tu padre está frío, completamente ausente.

Abuela estaba lívida y sus arrugas se habían alisado en el catafalco.

El ataúd sobre un túmulo cubierto con un tapete negro cuyos flecos o hilachas alcanzan el suelo. Detrás tres caballetes de tijera y una

tabla para lanzar muertos al mar. Tocas con el pie otros objetos escondidos: una matriz eléctrica, un martillo, cordones aislantes de alquitrán.

Cuatro candelabros altos, de fuste oscuro y brazos de plata, custodian el féretro. Has muerto, padre. A tus pies han plantado una cruz de hierro. Había dicho: me confesaré una vez en mi vida. Cuando llega el sacerdote, ha perdido la conciencia. El cura le administra la absolución y le impone los últimos óleos.

—un susurro de latines, dos manotadas en cruz—

SI VIVIS —pausa litúrgica ante el sujeto clínicamente muerto; la duda morderá las entrañas de la mujer y los hijos —per istam sanctam Unctio— los aceites sagrados rebrillan sobre la piel inerte —nem indulgeat tibi Dominus quidquid deliquisti (para el Señor eso es posible). Amén.

Han adosado al cajón las primeras coronas. Hay más contra las paredes, detrás de las sillas en fila y amontonándose en los rincones, con tiras violetas al cuello y tarjetas de visita cruzadas por un fajín de luto.

¿Quién cortó del jardín un manojo de lirios para las rodillas de tu padre? (humildes, sobre el lustre de la tapa).

El salón huele bien con docenas de caballeros elegantes hablando en voz tenue. El cutis espejea con el alcohol de afeitar, las narices que revientan de grasa, las camisas, las cabezas erguidas peinadas con esmero, el alfiler de corbata en algunos. Han corrido las cortinas y abierto las puertas de vidrio para pasar a las terrazas y sobre el suelo de baldosas naranja y bajo el emparrado pasean visitantes y parientes lejanos, fumando y gesticulando de a dos en

dos y uno coge el brazo de su compañero y mueve pausadamente los labios y las cabezas se saludan, casi rozándose y cruzan miradas con el rabillo del ojo y en las ventanas de las casas se apretujan caras y manos de niños y más arriba los pechos de las mujeres de servicio y las parejas de caballeros se detienen y aplastan un cigarrillo y una fila de hormigas y retoman el paso y los pequeñuelos han escalado las murallas y corren por el jardín, sin prestar atención a los aspavientos rabiosos de madres y niñeras y afuera, en las aceras de tu calle, las vecinas han elegido esta hora para regar los rectángulos de césped y el árbol municipal y la carreta de las verduras que se ha parádo a cierta distancia, reuniendo a sirvientas y choferes que te miran negando con la cabeza.

Adentro las flores huelen familiarmente a muerto. El tufo de conciliábulo en el salón. En el centro del comedor, bajo la araña de luces, tu padre.

Aquí persisten las mujeres, con rosarios, con guantes, recitando avemarías y anécdotas del difunto, frotándose la nariz con un pañuelo diminuto, recobrando ánimo cuando alguna eleva con voz tonante la salmodia, apagando sollozos y balbuceos de discreta, SANTA MARIA MADRE DE DIOS, con cabezas y sombreros convergiendo en herradura sobre los paños fúnebres.

Encarrujadas en sus asientos, han reducido su tamaño. Frente a frente, ves llegar el peligro. Te aprietas contra sus piernas huesudas o amorcilladas, oliscando polvos sobre narices y ojeras. Te dejas ir, de una en otra, refrenando náuseas, porque tu presencia las ha puesto frenéticas, ganosas de imprimir en el pobre huacho su unto de lágrimas, moco y afeites.

Chorreando besos en las orejas y el cuello, en los párpados y mejillas, te plantas delante de mamá. Ella toma tus manos.

—Ve a lavarte.

En el piso de arriba, en la pieza grande donde padre ha muerto es el bordoneo de la tertulia, los detalles de la agonía, los problemas de la sucesión hereditaria, sugerencias asordinadas sobre deudas e hipotecas, reajuste de versiones de hechos recientes, ataques de llanto, conferencias telefónicas, intercambio de confidencias relativas al extinto. Mojas tu cara en un grifo del jardín, porque también las plañideras se han engolfado, de tres o cuatro a la vez, en los cuartos de baño.

Bisbisean, en un tono amable cargado de reproche: »Es admirable la serenidad de Isabel. Está muy tranquila«.

No saltan lágrimas de sus ojos. No tira rezos de un rosario.

III
res; He olvidado todos los dolores;

—sonríe y es que padre le pide perdón por tantas noches en vela, esperándole—

No me importan ya. Es verdad que pasé penas indecibles con esas discusiones durante las noches. Entonces, cuando la cólera ponía gruesa tu voz, yo sentía llegar esa palabra atroz. Se agarrotaba mi cuerpo, hinchado de lágrimas que dolían y pugnaban y reventaban de mis ojos. Tus palabras terribles y crueles. Yo me desangraba. No te preocupes, querido. No siento los golpes, ni las explosiones de tu carácter, ni la visión de esas estrías rojas en tus ojos. Nada de eso tiene importancia. Pero ahora estás muerto y yo

estoy sola. Con las manos desnudas, con los dientes, me arrancaría un brazo, o una pierna, por recobrarte. Amaste demasiado algunas cosas tontas de esta vida. Me abandonas. Me hiciste feliz. Yo era una muchachuela tímida que tocaba el piano. Con el pecho temblando de ansias y príncipes y vagabundos, trepaba el banco en el patio de los chirimoyos, a echar al cielo una mirada de prisionera, a soñar tras la tapia con las gentes que llevaban la vida como un vaso colmado. Un día idéntico a otro, hasta que la tarde se ponía quieta. Me entristecían las novelas francesas, el piano, las flores cortadas y esa trenza larga y tan ancha que tú enfrenaste. Casi deseaba esos temblores de tierra que con tanta frecuencia sacuden a mi ciudad: la casona se llenaba de gritos de misericordia y de tías y sirvientas que pasaban ponchos y frazadas, bebidas y bocadillos y en el patio grande era el júbilo de mis veintiséis primos. Me tomaste, me hiciste mujer, me diste hijos: yo dejé de soñar. Hasta esta hora en que yaces en tu casa por última vez y sueño de nuevo. Cuando tu semilla puso morada en mi cuerpo, conocí la mejor espera. El mundo, la génesis, el misterio estaban en mí y yo asistía al milagro: yo lo era. Puedo separar cada segundo de esa espera prodigiosa, me duelen las entrañas, marido. No me cabía que pudiese haber tanta dicha. Y tú fuiste tan encantador, sin abandonarme un instante, llenando mi habitación de flores y regalos. Pero he de hacerte reproches: en el club los mozos se daban de codazos al verme llegar y una y otra vez volvían con el talle estirado e hipócrita, a decirme que el señor no demoraba. Podía oír el derrumbe de los dados contra la madera, los tonos de voz y risas descomedidas por el alcohol, la musiquilla de las bandejas con aperitivos, las burlas y palmotadas de tus compañeros de juego. Me humillaba el encuentro con otras mujeres que tampoco podían ocultar la razón

de padre y en la brusquedad de su deceso. No hay quien no le viera en fecha reciente. Evocan sus palabras y un estado exuberante de salud. Los caballeros sólo permanecen un instante frente al catafalco; algunos encaran el rostro rodeado de géneros. La casa sahumada, como hace dos días, por abuela. El perfume dulzón de los muertos adensando el aire.

Las empleadas se acercan por turnos, sollozantes, secándose las mejillas con el ruedo del delantal. En la cocina, lloran con fuertes sorbidos nasales. Quieren mucho a padre. Siempre perdonaron sus llegadas intempestivas, con amigos, a cenar. El traía los entremeses y les tiraba piropos, llenando de alegría la cocina, absorbiendo sus anhelos de mujeres frustradas, dejando una zafacoca que sólo la presencia de madre serenaba. Ahora parecen respetar—mejor que las señoras distinguidas que no entienden la tranquilidad de mamá— el silencio de la patrona. Atienden la puerta a cada momento, pues se suceden los muchachos con coronas de flores, cada una con una esquila de condolencia. Distribuidas como los regalos para novios. Los visitantes huronean sobre las tarjetas, qué bonita la corona que envió Carlos Alfonso. En el lugar de la lista de cheques, está la de quienes ordenaron rogativas litúrgicas y el monto, tantas misas.

»La señora no ha dormido en toda la noche«. Lo dice la cocinera, recorre la casa y pronto lo repite el barrio entero. Aunque nadie lo ignoraba, resuena inesperado, como fórmula de oráculo explicándolo todo«.

Al mediodía hay guirnaldas en el salón y en el vestíbulo, en el pequeño porche de losas negras y se extienden en anillos por el jardín de entrada. Hay pétalos macerados sobre el parquet y cruces de mayo con las carnes abiertas entre rizos de luto,

fuertemente amarradas con alambre. Este olor, dulce y pesado, que aturde el cerebro y hace que los ojos anhelan llorar. Tu padre ha muerto. Las has visto venir, a estas coronas que vienen a buscarlo: aferradas de los microbuses con un gancho, goteando su agua maloliente o colgando del brazo de mocetones que se han tomado alegremente las ventanas.

Como una fuga de ratones, de improviso se verifican desplazamientos, las escaleras crujen, el piso sufre el raspado de las suelas, de las patas de silla y las devotas disuelven el semicírculo custodiante. Madre queda sola.

Tres carrozas han hecho alto frente a la casa. Dos se destinan a las flores, la tercera tiene las letras iniciales de padre, en dorado sobre negro. Te acercas a los caballos; es la señal que esperan los chicos del vecindario para zafarse. Los cocheros saludan con la fusta mientras se descuelgan varios hombrecillos de frac que cruzan la acera, con paso corto y rápido, ajustándose los guantes.

Son caballerías de gran alzada y pelaje negro, cepillado con esmero, las ancas bajo soberbios gualdrapones. Piafan con violencia, exhibiendo las crines recortadas sobre la cruz y trenzadas más arriba, el correaje de las bridas que engallan, las cinchas tensas, los hierros, la espuma amarillenta que emiten al saborear la embocadura del freno. Las vecinas han atrapado a sus críos, pero las cabecitas reaparecen en las ventanas y detrás de las verjas, mientras los hombrecitos de la funeraria prenden coronas multicolores a los carros, entre las colgaduras y crespones. Las arrojan con ímpetu y gran destreza, en un juego de grandes argollas; cuando han ocupado todos los ganchos y tomado todas las molduras y florones del artesanado, se amontonan en el suelo de los vehículos. Túmulos

blandos, encuadrados por cortinajes con flecos que oscilan a las ráfagas.

Imprimes las yemas sobre las guarniciones, mientras tu hermano menor, retrepado en el pescante, confía alegremente al cochero su parentesco con el muerto. Por el jardín van y vienen los hombres de negro con una corona en cada brazo. También quieres cargar con una. Experimentas una sensación de adulto al desfilar frente a tus hermanas mirando derecho adelante. Antes de echar el vidrio, madre nos llama. Besamos esas mejillas duras y frías, esos párpados soldados. Madre no estalla en llanto. Durante la noche asumió la agonía y luego ha permanecido sentada junto al cadáver. Se opuso a que sacaran una mascarilla. Ve bajar el vidrio convexo. Después es el sello rotundo de la tapa, te vas, la madera oscura y frotada que echa luces, ébano funeral, hay una cruz donde estaba su rostro.

Ahora hay círculos de silencio en el piso dismantelado, aún fragante. Rodean el ataúd. En un relato acerca de un entierro en el campo, el cajón se había abierto. Eso no podía sucederle a padre. Sin embargo, al torcer para entrar en el vestíbulo, un bandazo contra la puerta y el tumbo sordo del cuerpo te sofocan, ahorcada la garganta de vergüenza y horror. Suplicas a Dios Padre y ayudas también, apretando la manilla de cromo, detrás de los caballeros erGUIDOS y congestionados. Querías tocar la caja, sentir su peso aunque los músculos cedieran, transportar al padre a la carroza tirada por seis potros enjaezados para la muerte.

Claudio forma una baraja con las tarjetas que arrancara de las ofrendas. Los hombres de faldones respingados desmontan el catafalco con celeridad y acarrean los despojos; tablas, candelabros,

caballetes, un tapiz, bombillas, filamentos eléctricos, una cruz en ristre.

Madre te peina con los dedos: ve con tío en el auto.

—No dejar sola a Isabel.

En la trasera de cada carro sobre un estribo se alza el más joven de los hombrecillos, esbelto y ágil como un banderillero.

Las mujeres quedan en casa. En la puerta de calle, tus hermanos menores se pegan a las faldas de mamá; con ojos saltones, interrogan a la caravana que parte.

V Has subido al primer automóvil, junto a tío. La mirada fija en el ataúd de padre, tapiado de flores. El itinerario por las calles y las grandes avenidas, la marcha lentísima y solemne del carruaje fúnebre, cuando las gentes se detienen y el tránsito se inmoviliza y los policías saludan y los hombres se descubren y las mujeres hacen el signo de la cruz y ruegan por tu padre. Verán las letras de su nombre entre las galas del duelo. Vas atento a estos movimientos, pero todo lo ves un poco velado y distante, dirán es el hijo que va detrás del féretro, ofuscado, entontecido ante un hecho irreal, aún no aprehendido. Y se pasa sobre el Mapocho, siempre sucio y mísero, y al fin se entra en la recta de la Avenida La Paz, ancha y desolada con su espantoso olor a carie y las casas feas y chatas con desconchados y los sitios llenos de mármoles y floristas y las yeserías.

En la plazuela del cementerio se pone en marcha una carroza vacía. Porque en su juventud alcanzó un grado de oficial, padre recibe honores de un batallón apostado bajo los grandes arcos

La comitiva se detiene. Mientras los automóviles descargan y buscan estacionamiento, los empleados de la institución desprenden coronas y las echan sobre carritos como camillas de disección, de ruedas de goma. También aguarda un sacerdote de sobrepelliz blanca y estola negra. A un lado, con empaque de domingo y el viejo sombrero asido con ambas manos, serios y humildes están ellos, los de pie sólidos, los pobres. No mezclaron su agrio olor a trabajo con las fragancias de los caballeros acicalados. Visitarán a la señora cuando estén seguros de encontrarla sola. Padre los ha empleado en diversos oficios, los ha dejado a almorzar, entró en la cocina a beber una caña de tintazo y supo de sus desgracias, de sus odios. Están las mujeres que venían los sábados a pedir ropa, con críos en brazos envueltos en paños que fueron tuyos, y los hijos crecidos, y los "hombrecitos" de distintas épocas que enceraron el piso o pintaron la verja, todos los que aún no han muerto de un golpe de navaja o de automóvil, de tuberculosis o de frío y en algún lugar de Chile están los mendigos que no se hubieran atrevido a acompañar el cortejo.

Padre moderaba a menudo los humos de la vieja cocinera.

—Nadie es más que nadie.

La banda militar abre la marcha sobre la ciudad del reposo. Siguen los carros cargados de coronas con cintas moradas y gasas negras, tiradas por empleados de uniforme azul lavado demasiadas veces, en tres filas. En cada carro, un cuerpo vivo; las flores respiran, como una bestezuela echada. Fueron mensajeras de la naturaleza, que ahora recobra al hombre. Un operario cuida que las coronas no resbalen carro abajo, cuando la criatura se despereza. Después va padre, tendido sobre la plataforma desnuda, en medio de la calle alindada de cerezos limón. A su costado, el

sacerdote embiste con oraciones del libro negro. Detrás el hijo, el hermano, el sobrino, los amigos, todos de oscuro.

Los músicos en uniforme tocan una marcha triste y monótona. Clavas los ojos en el ataúd, en el punto donde se encuentra la cabeza de padre y su cabello negro envueltos en el sudario. Un rictus en la comisura derecha le deformaba levemente el rostro, mas no había esas burbujas de color vidrio sucio que exhalaba la boca de otros difuntos. Ya en la Universidad, sobre una camilla con cuatro ruedas de goma vino el cadáver de un hombre muerto de inanición la noche anterior, el curso ocupaba el anfiteatro del Instituto Médico Legal, el cuerpo amarillo y llenos de pringue el pecho, el cuello, los talones y en un muslo una raya de semen seco, »también los ahorcados«, explica el forense, es el caso que hasta en el instante final lo que es más vida en el hombre se subleva y cuando el resto del cuerpo ha claudicado, sobreviene el soplo rebelde de la carne que quiere dejar huella, que se niega a morir; la eyaculación es el último suspiro y ahora a la autopsia, ejecutada con serrucho y un gran cuchillo.

LOS HUESOS HUMILLADOS SE REGOCIJARAN EN EL SEÑOR.

Los compases de la marcha fúnebre, el rumor sigiloso de las gruesas llantas de caucho sobre el empedrado. Bajas los ojos, te esfuerzas por descubrir el surco que deja el carro, ves tus zapatos sin lustre, tus rodillas desnudas, protuberantes, las lágrimas pugnan por salir y de vez en cuando pasas el puño por el ángulo de tus ojos. Tío camina rígido; es algo gordo, de gran estatura y tiene las mejillas húmedas. Sigues con la cabeza gacha, incapaz de resistir el espectáculo de tío cuando llora. El pecho te duele, sobrecogido de presagios. Más allá de los bordillos de las aceras, los árboles en flor. El ministro ha entonado con

persistencia la cantilena de Zacarías, *Benedictus Dominus Deus Israel*.

Con suavidad, empieza a caer una lluvia fina, empapando el madero y las flores. El aire se enfría, los cerezos pierden su brillo rojo. Claudio te echa un impermeable en los hombros. Sonríes vagamente y dejas que caiga a la buena, arrastrando las puntas por el suelo, el cuello sin doblar. Vas absorto en ti; esta llovizna, el día cerrado, la atmósfera opaca, acrecen el sentimiento de desolación. Implacables siempre, los compases de Chopin, ordenando un paso lento, isócrono, solemne. Los conductores de overol y gorra azul tuercen a la derecha. Apenas si reparas en los mausoleos con deyecciones de paloma, en el estanque oval y los grandes cubos de piedra, un ángel de alas plegadas y una náyade.

Tu hábito de pellizcarle las mejillas, que comenzaban a ponerse flácidas. El sonreía, pero a madre disgustaba ese juego. Cuando llegaba temprano a casa, ocupaba el sillón de cretona estampada de flores azules, en el cuarto de juegos: las niñitas trepaban sobre sus rodillas, tú lo asediabas por el costado, el hermano menor cabalgaba en el empeine del pie. Repasaba contigo los poemas para la clase de castellano; él los retenía en el acto.

Benedictus Dominus Deus

Israel.

El cortejo se detiene frente al Panteón Militar. El séquito toma posiciones en torno de la urna donde un sol recién lavado brilla en cada grano de lluvia. Las ropas lucen más negras. La esclavina del sacerdote y los cromos absorben el resto de la luz.

En el pórtico destaca una inscripción, esculpida sobre una hoja de piedra:

»...Irás a pasar lista de ¡presente! allá en el templo augusto de la Historia«.

—Papá, ¿qué es la Historia?

VI Encarnizándose, en ropaje de pájaros de presa, cerrados en semicírculo, te observan, aislado en el vórtice de la luz. Padre está aquí, está muerto, pero no emerge de las palabras. Los oradores borronean un retrato irreconocible. Abunda el apóstrofe, el impúdico vocativo: son los momentos cuando los circunstantes de negro se conmueven visiblemente, te fuiste, tú, me dijiste, nos dejaste, tú —te— nos. Hasta que un parlamentario termina el treno con un poema aprendido a horcajadas sobre un brazo de sillón, »Dios mío, qué solos se quedan los muertos«. Ahora sí: tu cuerpo se sacude en convulsiones, el diafragma se colma de ansia que sube a la garganta y en la nariz penetra un escozor, por las líneas de la boca corre una arruga y son lágrimas gordas en los párpados.

Los señores que echaban miradas impacientes al reloj deslizan furtivamente sus tarjetas en la mano de los vecinos y se escurren, evitando pisar huevos, despidiéndose del amigo con una sonrisa de conejo. Va ya el ministro de Dios a iniciar el responso, cuando un caballero enfila resueltamente al promontorio que hace de tribuna, con un papel en las manos. Deseas que acaben de hablar. Quieres que el sacerdote haga algo, que rece por padre, que lo ensalme. Por fin se adelanta y al mover los brazos en molinete —Miserere mei, Deus— un monaguillo aparece no sabes de dónde, portando sobre un paño un hisopo en un tazón y un libro delgado de alas negras.

Padre está en lo profundo. Señor, escucha su oración. Te alcanzan las salpicaduras

de los asperjes. Un vientecillo esparce la salmodia del oficiante, quien asume la voz de la víctima, Librame, Señor, de la muerte eterna en ese día tremendo cuando los cielos y la tierra se moverán y vendrás a juzgar al mundo por el fuego, estoy sobrecogido de miedo con el pensamiento de tu juicio y de la ira que vendrá, cuando los cielos y la tierra se moverán. Ese día es un día de ira, de calamidad y de miseria, un día espantoso y sobremanera amargo, cuando vendrás a juzgar al mundo por el fuego, es la voz de tu padre pidiendo gracia, porque a los ojos del Dueño ningún hombre se justifica, a menos que a través del Hijo encuentre perdón de todos sus pecados, se requieren utensilios propiciatorios, ahora el incensario como un huevo de acero agujereado, con corazones adentro y el perfume que llegará a los pies del Padre Nuestro que estás en los cielos y aquí mismo.

El chicuelo responde Amén.

El celebrante hace la cruz con el canto de la mano derecha: Requiescat in pace. La luz de Dios pone una moneda áurea en la cabeza tonsurada. La sentencia golpea en tus sienes y permanece largo rato, hasta después que el sacerdote se hubo retirado con un rasqueo de sotana. Resuena aún, aniquila las fibras del cerebro. Quiere decir: irrevocable. Los tonos de la banda marcial desparrraman la frase por el aire.

Has comprendido. Por eso, cuando los operarios agarran la barra de níquel, avanzas para sentir el peso del cuerpo amado. Los hombres te dejan espacio en la cabecera, delante de todos. Por eso afincas los pies sólidamente en las losas del suelo, pálido, pero con un gesto de porfía insinuado en la boca, porque la certeza ha traído la imagen de madre y los hijos menores pegados a sus faldas. Aferras la manija, sintiendo al lado una mano gruesa y roja, hinchada de venas, caliente; te reconforta, deseas que esa fuerza no

se aleje. Así, en el lecho, el calor del cuerpo de tu padre y ese olor misterioso, desvanecedor de los hombres como padre y tío, que impone dominio y da seguridad; »cuando grande« olerás así, impregnando tus ropas. Antes de acostarse, padre dejaba en el velador, junto al teléfono, el reloj y la cadena, sus llaves y monedas; desabrochaba la camisa y se rascaba el pecho velludo. Le imitarás. El saco de fumar y el frac verdinegro serán las únicas prendas que madre no regale o venda al ropavejero —quien aparecerá al cabo de dos días, preguntando por la señora viuda. Conservarán por muchos años el olor de tu padre.

Te consuela el cansancio en el brazo izquierdo, al entrar al panteón y tomar la escalera de cemento sin pasamano, porque el edificio está sin terminar. Detrás, el pelotón de empleados de uniforme azul descolorido, con coronas y cruces en hombros. A bocajarro, la huesa.

El nicho abierto, la lápida en el suelo, donde queda el féretro unos instantes —para que los enterradores tomen resuello— mientras el ámbito se cubre de flores. Te arrodillas junto a padre y rezas por su alma, las manos en una caricia que traspase la madera. Introducen dos rieles en la cavidad y en tres tiempos acezantes te arrebatan el cajón, que se desliza por los carriles fosa adentro, afirmado con golpes de barreta. Seis brazos levantan la lápida; la apuntalan provisoriamente con cuatro cuñas negras.

Tío pone una mano sobre tu hombro, la otra sobre el hombro de Claudio.

—Yo seré ahora tu padre, hijo.

VII El cortejo rehace el camino en líneas disparejas. Regresan en grupos pequeños, ha-

blando del amigo. Es una satisfacción ver tan gran número de caballeros vestidos de limpio y luto, reunidos a causa de padre. Es verdad que también hablan de negocios, de cambios en el gabinete, fluctuaciones bursátiles y cosechas, pero padre de seguro está contento de que así ocurra, que sus amigos y parientes vengan a despedirlo, abandonando sus oficinas por unas horas, postergando conferencias; si padre viviera y los acompañara, les haría comparsa, feliz de charlar con amigos a los que se ve muy de tarde en tarde. Tal como hacen ahora, insistiría en invitarles a cenar o a verse en el club para el aperitivo. Y se despiden con promesas para cualquier día de estos, con ojos que se ponen más y más huidizos, sabiendo que no se han de encontrar hasta el próximo sepelio, donde serás tú, tal vez.

La instantánea de padre con lágrimas en las mejillas, de pie frente a la sepultura de abuela.

Unos metros antes de alcanzar la salida, al traspasar el recinto de las tumbas, un tropel de niños arrapiezos se precipita a los pies de señores tan elegantes. Algunos los rechazan a puntapiés, con asco o encono, otros les tiran una moneda y los expulsan con el índice, los demás se escurren a brincos, esquivando con rabia el trapo grasiento de lustrar. Tus zapatos son los únicos sucios, pero los chicuelos —descalzos, con la pelambarrera de púas, que viven en los cerros pegados al cementerio— te pasan por alto.

Bajo el soportal de entrada está la administración, los almacenes de obituarios que se incendian dos veces por siglo, esa necrografía húmeda poblada de ratones donde un nonagenario acaba de registrar un nuevo nombre. Lo han copiado en la pizarra que dice RIP y Funeral De, sobre la urna con buzón. Formando fila, los participantes dejan caer en la ra-

nura las tarjetas de visita que tía Clementina agradecerá más tarde en nombre de la viuda, sobre cartulinas flamantes fileteadas de negro. Luego todos han de estrechar las manos de los deudos que bloquean la salida y mascullar, en manera precisa y lacónica, su pésame más sentido. Unos abrazan a tío Germán, quien los retiene largamente, poniendo ojos de ciruela; otros no arriesgan tanta familiaridad, pero toman la diestra de tío a dos manos y algunos, quizá estimulados por una mirada especialmente cordial del hermano del muerto, se arman de coraje y lo abrazan con rapidez. Muy pocos se preocupan de ti. Pero quienes lo hacen, muy serios y dignos, sin lástima visible, sin la sonrisilla estúpida que te dan los mayores, como si fueses ya un hombre crecido y vieran en ti a la contrafigura de tu padre, ellos reciben tu gratitud, porque son los únicos en comprender que tu padre ha muerto.

Mirada

con Claudia

al fondo

I Es un primer día de universidad, te has inscrito en Filosofía y Letras. Aislado hipócritamente (formar reputación interesante desde un principio), erguido, tu fuerte cabeza no se aleja muchas naranjas del suelo. Una corta casaca de gamuza se detiene en los fondillos grises, redondos, lucientes al sol, de tus pantalones. Tres libros bajo el brazo izquierdo: Sobaco ilustrado. Pálido.

Diecisiete años.

Observas con simulada minucia —basta un toque de mansedumbre en los ojos y apretar los labios— a quienes serán tus compañeros por un año. Ningún gesto revela en ti deseos de cambiar ocupación. No parece servir tampoco la mañana de marzo, la cual con todas sus luces cae bellamente sobre la cordillera, los árboles, el césped, los pájaros y las cabezas jóvenes.

Aunque las fisonomías y cuerpos que pululan te fuesen conocidos, difícilmente ensayarías otra actitud. La naturaleza casi nunca regala tus sentidos. Frente a ella te mantienes alerta y tus cejas preparan un dibujo especial que quiere decir desconfío. Muy bien algunos árboles en un jardín cuidado, trayéndote la niñez. Un fresno, pues con sus ramas alisabas horcas que, atadas a una tira elástica, lanzaban piedras; un durazno porque, al fin y al cabo, eras un niño entonces y tus indigestiones tenían una motivación

precisa, redondeada, material. Dulce sensación, ser aromado por las flores. Y cuando es el atardecer y uno se advierte cansado, es lindo bajar los párpados con las montañas delante. El mar medido por un hueco de ventana; no la naturaleza desnuda, desperezándose, no esa luminosidad rotunda, sin atajo, no la fiesta del polen. Cómo te asustaba la botánica descriptiva aquí margaritas, allá claveles, de los paisajes inabarcables: cuando la luz pugnaba por introducirte la risa irrefrenable de unos objetos que tú no conoces; cómo buscabas niños, angustiado, luego del fracaso de unos vilanos por bailar contigo. Cuánto viento ha resistido tu cuerpo; recuerda cierta vez cuando todo, tus ropas, hasta tu pelo, querían irse, con el viento, irse de ti.

Qué intranquilidad ante el paganismo despreocupado de los colores. ¿Te amenazan, modesta metamorfosis del polvo?

Numerosos escotes, muchas bocas abriéndose, lentes gruesos, cinturas, armonías y aberraciones corporales, los jóvenes pasan, se detienen, conversan. La metamorfosis ha visto a una joven y su mirada se pone inusitadamente intensa. En seguida baja totalmente los ojos.

¿Qué ha ocurrido? Te quedas de una pieza, camarada. Confiesa que no lo esperabas. Siempre fuiste ávido e incansable en tu registro de las formas humanas y ahora, ¡demonio de jovencita! Vamos, busca razones; tus ojos bajos producen un aislamiento propicio a la reflexión. A ver, ¿por qué esa muchacha te dejó una sensación tan embargante de lujuria, tanto, que mortifica fuertemente tu carne? No imaginaste algo parecido. Has atrapado miradas concretas de lascivia; en fin —estás en el mundo—, has visto a muchísimas mujeres; esas revistas que circulan en tus medios católicos te han enseñado los escorzos mejor

concebidos, los más católicos de los desnudos. Pero no conoces esta sensualidad envolvente, total, que impregna todos sus miembros de una morbidez indecible. Esta muchacha es un demonio de sensualidad. Incorpora fluidos sexuales a la atmósfera. Mas, ¿por qué, cómo? Veamos: lleva una camisa azul casi masculina, desabotonada hasta la mitad. Bueno, ahí hay algo, pues el último espacio abierto deja ver un bordado blanco que apenas cubre los pechos débiles. Esto no basta. Y cómo es extraño todo. Tu conmoción ha sido agudísima y, en verdad, casi no la has mirado. ¿Podrías asegurar que su frente es noble o es plebeya? Además, tal vez la luz del sol —la bañaba verticalmente— contribuía a esa imprecisión en el nacimiento del pelo (ella es muy rubia, recuerdas). Ah, la luz del sol: bronceaba el delgado, perceptible vello rubio de sus brazos y piernas; entibiaba el cuello y los tobillos. Ella se ha ido ya, seguramente, pero no subirás los ojos todavía. ¿Cómo alcanzar la intuición comprensiva? Primero, considera el desenfado de sus actitudes. ¿Recuerdas que se empinó sobre los pies y puso la punta de su nariz en el vidrio de un anuncio que apenas miró?, ¿y cómo luego, sin delicadeza, se restregó el polvo sacado del vidrio? ¿Y esas oscilaciones de los brazos: nada significan si se armonizan con los músculos del pecho y las flexiones de las caderas? También la muchachita mantenía semiabierta la boca y no escapó a tu percepción un fondo rosado, húmedo, movedizo. Ahora bien: sus labios, ¿no son hermanos de los tuyos, verdad? —»boca sin fuerza«, dice de ti quien no te conoce íntimamente—; los tuyos, muy delgados y rectos, se aprietan castamente con el recuerdo de ese desenfreno; sí, un desenfreno carnal es la hinchazón de esos labios sin pudor, abiertos, dibujando una línea circular de proporciones carnosas (no tus dos rayas paralelas, casi horizontales, muestrarios de

decencia). Responde, ¿era una pintura astuta o simple color natural el origen de esa impresión de desmayo en su boca, tan excitante, tan dolorosa? Ah, raspas el suelo con tus zapatos y sigues con la vista tu pequeña tarea. Bien hecho; esta posición filosófica es la adecuada. Tan joven y ya sabes de la vida una cosa importante. Porque si alzaras los ojos y plantaras los pies, ¿cómo evitar la metamorfosis de tu bien distribuido cuerpo en una rijosa boca sexual?

Confiesa: al comienzo hiciste una observación que no has querido verter. ¿A qué retenerla más? Vamos: esa muchacha se plantaba con una mano en la cadera y las piernas abiertas. Esta actitud te ha molestado siempre; te conturba de una manera inexplicable. ¿Puedes expresar con claridad cómo has formado tal prevención? ¿No se te antoja absurda? Sí, pero no sabes quitártela. Has ocupado esos hermosos días entre uno y otro cumpleaños echándote adentro gestos de hombres y mujeres. No puedes negar —aunque tus ojos desarrollaron una facultad impresiva de tristeza— que tu trabajo fue interesante. Sorprendías ritmos; los clasificabas, y hasta por un prurito generalizador propio de tu edad, muy inexperto, te deleitaba ver en cada hombre un gesto. De manera como un acto humano compromete a su ejecutante, por un volcamiento responsable ante nosotros, vosotros y ellos, así el hombre, cada criatura hombre era un ademán inédito de la humanidad. Arranca, amigo, este defecto de primera edad; cánsate ya de comprobar que tus reflexiones son boberías o perogrulladas o cueros muy sobados; cuando la erudición aduerma tus intuiciones y tu griego te dé a leer al Platón virgen, entonces recoge asuntos y generaliza. ¡Entrechocarás cabezas de períodos históricos de un golpe de lengua, cómo serás de culto, hermano! Ve

a un hombre todavía joven: viste bien, fuma caro, peiná atractivas sienes plateadas y bigote negro. Sabes que es un agricultor y que algunas veces al mes viene en automóvil a la ciudad. Aunque frecuenta los prostíbulos elegantes, prefiere seducir a jovencitas esbeltas de sociedad, de temperamento sensible. Es casado y a unas cuenta que su matrimonio, prematuro, no le trajo felicidad; a la yunta de años todo amor había terminado. Habla de esos quince años sin amor; su voz marca inflexiones de tristeza viril, su bigote esquiva tristes volutas de humo y no olvida deglutir su whisky tristemente. Entonces, a parejas con la natural, aunque no suficiente atracción de hombre maduro y buenmozo, crece en la rubia jovencita una ternura comprensiva, de madre. —Una pollita —comentará después en el club de su provincia— me la tragué como quise. —Este Zorrito —cabecearán sus amigos, pagándole un trago.

Sin embargo, ese hombre, a quien imaginas (por despecho) como una partícula del estiércol que abarrota cloacas, es también un gesto único, mucho más que un desecho de la humanidad: es toda la humanidad en una específica, comprometente actitud. Debes pedir misericordia para ella y aunque tal vez amaras a la muchacha, por la transformación salvadora de esa actitud añadirás un Ave María a tu fatigosa serie de oraciones de la noche. A veces no es grata la vida que tiras, Gonzalo.

Ahora puede ser una mujer, joven o viejísima. Tendrá un busto fresco, o caerá flácido. Esto —has observado— se reduce a una cuestión de tiempo. Las dos bolsitas apretadas, tan tentadoras, se aligeran gradualmente y después —unos dicen a los veinte, otros a los cuarenta y cinco— caen vacías. Barruntas que los sobrepellines siempre juegan una car-

ta engañadora. Detiene el escorzo en cualquier instante y mirarás al través un gesto de pecado o de santidad.

Otro hombre, un hambriento, un adolescente que abrió la tierra día a día, resistiendo la soledad, atenazado por el dolor de los hombres, en una bella edad acepta ser despojado totalmente por el Señor. Durante veinte años llevará una parroquia en el norte. Hoy es un monje que ora desde maitines hasta la noche. Su piel —hundida— sufre la succión de los huesos. Lucha contra la sollicitación de un pecado que el agricultor, si comprendiera, quedara estremecido. Sus ojos arden de hambre todavía. Pero es un hambre precisa.

Vamos, ahora trazas semicírculos con un pie y haces vacilar ligeramente tu cuerpo. Has ido lejos en tu filosofar: nunca pensaste abandonar el raspado del suelo. Pero hiciste bien: ¿comprendes que has escapado limpiamente a esa horrible metamorfosis en boca?

Te has serenado; vete, pues, en buena hora, a porfiar contestación a una pregunta que te hacías. ¿Por qué esa actitud, particularísima, bastante usual, te antojó impúdica? Siempre te han parecido impúdicas las mujeres que se yerguen separando los pies. Es un gesto atravesado de impudor. Un desafío sexual, desenfadado, no decente: soy mujer, ¿y bien? Un encogerse de hombros ante nuestra potencia masculina, que se hace insolentando el labio inferior, despreocupando los párpados, aflojando el vientre, abriendo totalmente una axila al aplastar los cabellos con el antebrazo. A horcajadas sobre un triángulo de aire.

Húrgate. Tu paciencia constantemente encuentra cosas. Recuerdas una escena antigua y sabes por qué la has conservado. Hace cinco

años de eso, cuán lejos está. Fúndete con el pequeño Gonzalo que va con tres amigos a visitar a una chiquilla. El no se atrevía, pero sus compañeros insistieron en llevarlo. Ellos eran sus mayores en uno o dos años, pero ninguno se afeitaba el vello como él tenía que hacerlo. Lo que importa es esto: estando sentada la muchachita —oían canciones norteamericanas— hubo un instante en el cual, inclinándose para hojear una revista sobre su falda, la ahuecó, distanciando las piernas. El ademán era natural y útil, pues así el dorso de la revista se hundía en una suerte de hamaca y las páginas podían pasarse rápidamente. Pero en el rasurado Gonzalo produjo una molestia pequeñita, indescifrable. Y ocurrió en seguida que la mamá —una señora hermosa, quien después de saludar quedó en pie cerca de la puerta, con los brazos elegantemente doblados y los tobillos muy juntos— emitió una inhalación prolongada, un chasquido inaudible, ese vacío peculiar y poderoso que nos hace adivinar de repente una mirada pegada en nosotros. La hija llevó la vista hacia la madre y ella —mirándola límpidamente— unió las manos (las palmas). La chica, de inmediato, reunió sus rodillas. Lo hizo con tanta precipitación que formó un pequeño cepo, atrapando la revista. Las hojas centrales quedaron rígidas, altas; las siguientes se abrían en parábolas simétricas, a ambos lados, sobre uno y otro extremos del regazo. »Una flor egipcia«: así adjetivabas las cosas extrañas para ti, mientras una erección desenfrenada te clavaba en el asiento.

Tus amigos no advirtieron esas comunicaciones misteriosas; en ti se deslizaron sigilosamente. No bastan, sin embargo. Mejor sea que renuncies, como otras veces, a comprender tus antojadizas ocurrencias. Así lo es, concédelo, ésta de los pies distantes.

¿Y la sensación indecible de lujuria, querido, y la piel palpitante de morbideces incomprensibles? Se enclavan en ti.

Ahora miras los árboles con gratitud.

Pero la muchacha...

II

No retardes el momento; has de formar una resolución; la sorpresa no debe verte: ocurre a veces y entonces tus frustraciones son íntimas y grotescas. Es una lección que has desenvuelto poco a poco, desde tu oratoria en las comidas con amigos, hasta esta situación en la cual un hombre joven que no es un seductor, ha de determinar qué hace con unas nuevas fuerzas que se esparcen. A propósito: mira a la derecha, unas butacas más adelante. Ahí están la muchacha rubia y un joven que la acompaña regularmente. El se ha calado gafas para atender la clase; ella —súbitamente— arriscó la nariz y garabateó con su estilográfica uno de los cristales. El hombre saca un lápiz de entre los dientes y la golpea suavemente en la cabeza: sonrín. Resuélvete; es inevitable. Has llenado tres páginas de apuntes y el profesor intercala una anécdota; pronto todo el curso reirá. Sin apurar la memoria, te das cuenta que estos actos no son inusitados. Dos días atrás el joven movió un brazo y como cayera su libro al suelo: »mierda« (despreocupadamente), se inclinó a recogerlo, rozando abiertamente las pantorrillas de la muchacha. Además, adoptan posturas excesivamente cómodas en sus asientos; casi siempre se tocan con los codos, sin apartarlos. Flexiblemente, se adaptan con hombros o rodillas. Todo el curso ríe ahora y el joven ha pedido el cigarrillo a la muchacha; ésta inhala con fuerza y se lo alarga, oscurecido y húmedo en los bordes.

Esa comodidad, ese entendimiento de relaciones, te obligan a una resolución.

Pero ahora estás en el patio de recreo y conversas de sociología con un amigo. Ella está sola en este momento, de pie, bastante cerca de ti. Adviertes que intenta escuchar tus palabras: tú lanzas frases rotundas. Nítidamente distingues sus ojos, aislados, escultóricos, en una mirada también seria, con un fondo o pozo de dolor.

Mientras te fortaleces el ánimo para la decisión y caminas solitario entre los grupos de estudiantes (cada grupo salmodia sus notas propias; los sonidos parecen rebotar en una plataforma tendida unos metros más arriba; caen entonces hacia las bocas y vuelven a ascender), después que un flujo necesario separó al amigo de las preocupaciones sociológicas, concede un mínimo de atención al acompañante. Es bastante bien parecido, algo charlatán; apoya sus palabras dramáticamente con gestos amplios e histéricos. Viste pantalones y vestón que ciñen apretadamente sus nalgas, pectorales y partes pudendas en especial. Lo llaman el corte inglés. Tu estómago se vacía y algo se ahoga en tu boca al presentir una intimidad que envidias. No te detengas en este pensamiento. Aprovecha la extraña fuerza de la campanilla eléctrica: su aviso débil, gimoteante, invade las formaciones, triza la plataforma, dibuja nuevos trazos en el patio de recreo y tú, que eres un puntito reactivo al emplasto de las líneas, también te impresionas por la campanilla y sigues tu propio surco imperceptible hasta la sala de clases.

El profesor pide que hagamos la inscripción en su cátedra. Todos cortamos media hoja de cuaderno y escribimos nuestro nombre y datos sobre el año corriente. El maestro revisa los papeles y separa una docena: »Hay alumnos que todavía no sa-

ben escribir; *Lingüística* se escribe así...» —dice, ortografiando con furia la voz en el pizarrón. Lee los nombres: vengan a corregir esta monstruosidad. No dio el tuyo, pues sabes de antemano que esta actuación inicia el repertorio coprogramático del magister; escolares repitentes se ocupan de difundirlo. La muchacha rubia emitió un quejido, mirando a su vecino cómplicemente, con malicia en los hoyuelos. Se levantó con indolencia. Cuando tuvo el papel en sus manos y se ayudó con la boca para abrir el lapicero, adivinaste que ponía los puntos diacríticos con esas torsiones displicentes de la muñeca. Vuelve a sentarse, ondulando su cuerpo, rayando un papel en el aire. Se te ocurre que se burlaría de un conocido que confesaba usar calzoncillos largos unidos con ligas a los calcetines, porque las medias arrolladas en los tobillos son cosa de rotos.

Antes de abandonarse en el asiento, la niña te mira rápidamente.

Esta mirada no te sorprende. La has sostenido con indiferencia, así como has simulado no recoger otras. Tu aislamiento, algunas cuidadosas intervenciones en clase y, especialmente, tu barbita, te singularizan. La figura que haces, por otra parte, nunca has conseguido desposeerla totalmente de ridiculez. Ayer nomás, al entrar en la sala, los dos jóvenes charlaban de pie y por una desviación de su boca y ojos, comprendiste que el varón apostillaba una burla que te concernía. Ciertamente, reconoces en las miradas de la muchacha algo que no es sorna, casi un franco interés. Además, acostumbra sentarse en tu proximidad, y ahora que el profesor ha preguntado quiénes conocen un poco el griego, ella se ha vuelto directamente a ver si apuntabas con el dedo. Luego prolonga distraídamente la mirada. Conservas, no obstante, esa fijeza independiente, azul, de sus ojos.

La gran sala de clases posee ventanas altas hacia la calle.

La lección ha terminado; ordenas lentamente tus notas y asistes a una operación que se ha repetido estos días; la joven sube a una silla apoyada contra la pared y esforzando el cuerpo, empujándose, atisba por una ventana. Busca una camioneta que la ha esperado otras veces. Desde los tobillos crece hacia arriba, modelándose, un músculo sensual.

Así es que resuelves no hablarle nunca. Las miradas buscarán con intensidad cada vez mayor, pero te mantendrás aparte. Siempre que un pequeño incidente los acerque, te alejarás. Después de muchas semanas la estratagema se cargará de humorismo y por eso la llevarás hasta su fin. Este juego interesante bastará para llenar tu dimensión de sentimiento y te evitará muchas molestias. Conoces perfectamente tu ninguna aptitud para los lances afortunados. Levántate ya del asiento sin mirar hacia la diestra y mientras una muchacha que has renunciado a conocer se reúne con alguien en una camioneta (no está la camioneta), o se aleja con su escolta habitual por la acera opuesta de la avenida, camina tú confundido en el largo chorro de estudiantes por esta vereda y compra un helado de chocolate, pues también debes dar satisfacción a ese sentido del gusto que tienes.

III

Cierta vez nos proponemos una acción. Pero cuando creemos proseguir la ruta prefijada, he aquí que un ruido, una tosecita toca nuestras resoluciones y percibes el aliento de otros propósitos que dormitaban. Hacia tu rostro viene ese tenue calor de la tosecita, derritiendo elementos: una boca rígida,

un ceño voluntarioso. Se mueven los rasgos y algo así como una mascarilla de cera blanda se deshace.

Porque un fenómeno inesperado quiere quebrar tu decisión. La mañana posee su monotonía oficial, las clases sucediéndose y esto te agrada. Esta tonalidad única te calma y amas su seguridad. Pero ahora se revela una forma que rompe; una tosecita, una fuerza pueril que descompone la mañana en espacios inesperados. La muchacha tose a veces y cada una de sus convulsiones es un límite que saja el tiempo.

Su tos es afectada, ciertamente. Aprovecha los ligeros ahogos de un resfrío para dar estallidos de súplica, tropezando en las notas deseadas con descaro. Con algunos intentos tres tonos bajos, descendentes, apagan las explosiones; con otros la tos se frustra al nacer y apenas debate un soplo. La expresión continúa en un lamento quejoso, meditadamente infantil. La mujer se convulsiona al toser y una electricidad espasmódica la recorre, extenuándola.

No llevas culpa si vacilas y das con tu resolución al traste. La tos te ha desarmado. Tu organización, tan celosa, es destrozada por esa cuerda mágica, musical. No tienes defensas contra esa arma.

Por eso ríes en la mañana de este día viernes (recuerda la fecha de este día viernes). Cada vez que la joven tose tú haces oír una risita personal, desvergonzada. Sonríes también, acercando la cabeza a los apuntes sobre las rodillas, con un repentino interés por unas letras microscópicas, y adviertes que en algún sitio a tus espaldas se aprietan los espacios entre las toses.

Una extraordinaria agitación te posee mientras te aíslas en este banco, en el último recreo de la mañana. Procuras apurar algo de una revista y así tiras los quince minutos del descanso.

El profesor explica el nacimiento del teatro en Grecia. Las fiestas de Dionisio emiten un leve gas de asfixia, pues las tosecitas muerden. Excitado, comprendes que el catedrático calla referencias que exagerarían los ahogos.

Los dos amigos se han sentado detrás de ti. Ella pide un cigarrillo. Su compañero, para complacerla, cree necesario dar unos golpes exteriores a sus bolsillos; comprobando la vaciedad de éstos, seguramente mira explicativamente a su izquierda. La muchacha solicita a otro vecino. Por último, despechada, se echa atrás ruidosamente.

En un movimiento admirable, desenvuelto, con parsimonia tu mano hurga la cascaca de cuero y con un paquete de cigarrillos en los dedos vuela hasta tu nuca, deteniéndose. No añades palabras ni vuelves la cabeza. La muchacha te dice muchas gracias y ha de tomar el atado y sacar ella misma el tubito de papel. Repite ahora la frasecita, depositando el paquete en tu mano vacía, descansada agradablemente en la nuca.

Nada te traiciona. Sólo esta aceleración en tu ritmo de sangre, esta imprudencia del corazón. Como si engendraras a un niño y viviera en ti y a veces lo tomara el miedo y golpeará asustado desde su encierro.

Confiesa en seguida un asuntillo vergonzoso: tu involuntaria distracción del discurso. Las ondas sonoras del profesor vuelven a traer su carga de significados.

Un intervalo en la clase; el profesor muestra unas litografías y varios alumnos se acercan a la cátedra. La joven se ha levantado y avanza por el espacio libre entre dos naves de butacas. Llega a tu lado y te mira directamente en los ojos. ¿Podría

usted darme otro cigarrillo? Te lo dice con un encanto risueño y la voz contenida, de tal manera que ambos captamos una vibración tras las palabras.

Sentado, ofreces el paquete. Ella humedece el cigarrillo con un rápido aparecer de su lengua y se inclina hacia el fuego que has encendido. Le dices, tú deberías fumar egipcios. ¿Por qué? La muchacha sigue a tu lado, pone voz de ingenua, sube las pestañas, entreabre el pico de los labios y apunta oblicuamente con la barbilla. Pero se va ahora, con una lucecita de sorpresa, porque callas ambiguamente.

En realidad desliza el cigarrillo por la carne resbalosa de la lengua.

Ha de escurrir aún el último trozo de la hora, la muchacha termina de pitar y comprendes que pronto, como si un sacerdote comenzara el Segundo Evangelio, los alumnos se apiñarán y atropellarán por salir, a la manera alegre de Offenbach. Cambias de nalga y observas que el sacerdote también es vencido por un olorcillo de almuerzo, pues con una mirada consulta a sus fieles y renuncia a la lectura de San Juan. Queda la molestia de las oraciones finales; de ahí que reflexione rápidamente: Al fin y al cabo, Rusia se ha ganado ya el infierno y nosotros el almuerzo. Los alumnos creyentes pueden levantarse sin embarazo y forman desde la puerta el espeso grumo juvenil.

Estamos de pie. Queremos caminar a zancadas, pero nos envuelven frustraciones personales, avanzando cada uno a pasitos, raspando el entablado, con un fastidio de gotas en el labio superior tan cerca unos de otros en el pelotón que prestas atención a la ligera suciedad de las camisas en el cuello y tu intimidad toca una piedra cuando descubres una pelusa oscura en la garganta de una morocha que ríe mucho. La heroína abandona a su amigo y comprendes que

desea acercarse, un poco turbada quizá, porque te desplazas indiferentemente hacia la puerta. Llegas donde ella y le preguntas si quiere fumar otra vez. Te ofrece una sonrisa de disculpa y así atrae rayos de feminidad a su boca y ojos.

Una algazara colma de vibraciones el cajón de la escalera y los alumnos nos uniformamos compactamente para bajar las gradas de piedra y cemento. La chica tarda en el descenso porque vigila con cuidado cada paso. Tus ojos, adiestrados en la cortesía, escoltan esa mirada tutelar, penetran el brillante polvillo del aire por el mismo tubo que cuelga desde los párpados de la niña hasta la línea del empeine.

Distraes indolentemente la cabeza y simulas olvidar que la personita a tu lado necesita fósforos. Sin recurrir al reajo adivinas su turbación y unos escalones más abajo te habla. Escucha. Pero su voz ha sido muy queda y prefieres hacer como si la ignoraras. Si se piensa en la sonoridad de esta atmósfera llena de voces, tu pequeña sordera no puede sorprender. Ni tampoco tu aguzada sensibilidad en el brazo y te vuelves solícito con el leve toque de sus dedos.

Quedó allá la escalera y estamos en el suelo plano y embaldosado. Nos envuelve un intervalo insignificante de silencio y, de súbito, hablamos a la vez. Cada uno vocaliza un sonido y las dos sílabas entrechocan con una explosión. No nos entregamos a un desagrado ligerísimo que nos alcanza y mutuamente nos cedemos la palabra. Aceptas tomarla primero. Dices:

—Las bacantes tosían como tú. Después del frenesí del baile se arrojaban a la tierra. Allí, despaciosamente, comenzaban a toser a tu manera.

La muchacha lleva un poco de malicia al sonreírte; inclina la cabeza y aparta con el zapato una pelotilla de papel.

—¿Cómo lo sabes?

Te fue fácil abatir la palabra usted de su léxico. Compruebas el fenómeno con vanidad de pavorreal.

—He estudiado el punto especialmente.

Las sonrisas débiles de la joven agotan poco a poco tu agudeza y se hace necesaria otra intervención. Pregunta si tú, además de ofrecer cigarrillos, los fumas. De ejemplo extraes uno torpemente. Le entregas la cajita de fósforo y ordenas te prepare fuego. Ella la recibe sin extrañeza, divertida.

—Eres muy cómodo.

Tú vas hacia el cuenco blanco que forma con sus manos y te inclinas a sorber una llamita amarilla y roja. Un viento tibio desprende el cuerpo de esta muchacha y te acaricia las sienes, colmándolas de calor.

Caminamos por el terraplén desnudo de la avenida. Prefiero recibir todo el sol, insinuó. Nuestros compañeros van por las calzadas de los lados y verdaderamente el sol se concentra en nosotros. Nos movemos lentamente en esta piscina de sol, ¿cómo te llamas?, y a veces la oscilación de las masas de luz nos obliga a chocar con los hombros. Claudia. Somos dos cuerpos vestidos de luz, entrecruzando sonidos. Dices que te agrada su nombre, no vas a buscarle otro, porque si su nombre fuese inadecuado, le encontrarías uno. Por ejemplo Astarté —eres audaz, pero ella lo ignora— o Terpsícore y su ronda de bailarinas. Pues sus ojos y su boca son efectivamente perspectivas exóticas. Es un tiempo extranjero el que empiezas a mar-

car y Dios sabe cómo te esfuerzas por controlar ese conjunto que respira contigo. Es orden lo que ansías, y mucha lucidez ante estas filtraciones súbitas, acumulándose con osadía, penetrándote. Estás en una caja de sol, rodeado de nuevos juegos y combinaciones. Desconfía del osezno perezoso, averigua el sentido del conciliábulo de las muñecas, un tigre, un tigre es ése de franela. La joven calza tacos altos y lleva una falda amarilla, ceñida, dibujando arrugas al avanzar; el sol tiñe surcos de oscuridad entre sus muslos. Está bien que cuides tu pensamiento y tu conversación y —palabra— admira el manejo sobrio que haces de tus lecturas. Rilke y Huxley, nada más, sugiriendo con elegancia tu posesión de áreas diversas. Ahora hablas de muchachas: ...en verdad mereces un beso de señora. Siempre discurren sobre mujeres precisamente quienes no las conocen; los otros nada tienen que decir, las toman, las tienen. Las clasificas: sustituibles, insustituibles, y razones largamente sobre las características de cada grupo.

—Y yo, ¿soy insustituible?

Replicas que prefieres los tacos bajos en las jóvenes.

—¿No te gustan éstos?

—Me incomodan: eres felina.

Ella se aparta y te mira con la cabeza ladeada.

—¿Soy »felina«?

Verdaderamente mereces un beso de señora y un ramillete.

La vida de sus ojos se torna cada vez más independiente; crean unas propias ondas de azul celeste y su fuerza atractiva absorbe los elementos que nos circundan, precisamente ahora cuando enfrentas a la muchacha, de pie ambos en el paradero

de microbuses. Sus ojos trazan un reinado de líneas que van curvando el ambiente y deshacen los rasgos de las personas a tu alrededor. Estás en este círculo de posesión y cómo empequeñeces de un modo extraordinario, tal si desprendieran unas amarras y te volvieras una boya atraída, sin voluntad, pues entonces pateas un tubo de cemento y de cualquier manera, venga aquí o no, salga bien o mal empujas palabras para decirle que escribes poesía y que no, lamentablemente no conoces Europa.

El mediodía se desmenuza y no conviene hacer ostensible el retardo que sufriremos en nuestras horas habituales. La muchacha decide irse al fin y ya no esquiva mirar las leyendas de los microbuses. Si se va ahora mismo subirás a ese coche que está por arrancar; lo alcanzarás con la rubiecita que nos observa. Tu amiga sonríe, despidiéndose y tú traes su mano hasta los labios. Esto último, querido —tan próximo por una sensación en la boca— es un gesto absurdo y ligeramente servil. Quizá por esta vez no alcance a serlo y sólo tenga que hacer con tu embarazada cortesía. La joven te dejó besarla con un oh divertido, burión. Lo censurable es el número, el hábito, un conjunto que aparezca repentinamente efusivo y vulnerable. Este gesto, aislado, apenas insinúa una liturgia, o una naciente simbología; no has de hacerte reproches: está bien. No te encadena, sin embargo, esta preocupación, ni otra que se arremolinan —los movimientos de la mañana son ahora aspas y readaptan los vientos— y confirma esa libertad tuya espiritual la leve atención que prestas a la rubiecita a tu lado. Había un grupo como un charco en la entrada del vehículo y porque te espían de soslayo arrugas el ceño y dejas caer el bello con gesto de pensador.

Da gusto, cuando se posee un cuerpo joven y las glándulas funcionan con regularidad, caminar unas cuadras antes del almuerzo. Son cinco hasta tu casa y avivan el apetito de esta hora, indecisa para el saludo. Buenos días, Carlos. Buenas tardes, Gonzalo. Se bajan los ojos y el calor cae recto sobre la nuca; no es desagradable. Los pájaros son manchas que se deslizan por el pavimento y oyes a las personas antes de verlas, desposeídas de su sombra. Un taconeo ágil, ¿cómo será la muchacha? y ¿qué habrá perdido Carlos en este barrio? Un libro suyo dormita aún en tu biblioteca; se trata de La Guerra y La Paz, de Alexis Alejo Tolstúa: ¿cuándo lo leerás? Dos sirvientas están con una niñita en la puerta de una casa. Le piden caramelos. No, no, solloza con los ojos brillantes. Te mira y ellas también. Una de las mujeres la toma en brazos, consolándola: usted será igual a su mamá, Alicita. Te acercas a un edificio en construcción. Los obreros calientan unas latas. Pasas ante ellos cargando las espaldas, porotos, distingues, y más allá algún brebaje. Uno duerme, tirado boca arriba en el jardincillo exterior de la casa vecina, las piernas plegadas y un papel de periódico tapándole el rostro. Una mujer carnosa, empleada doméstica, desfila con una bolsa de pan; sus nalgas suben y bajan con una exageración inverosímil, sus nalgas diseminan una doble alegría entre los hombres; algunos succionan el aire con un silbido, las bocas como trompas. Desde un andamio, un carpintero solitario le grita algo al durmiente; éste retira el periódico y abre la bocaza. Cuando lo oyes, un regocijo inexplicable comienza sus cosquillas dentro de ti. No se trata sólo de las palabras que vienen de lo alto («¿tai cagao, huevón?«), descargando las emociones de la mañana, sino de una situación lejana, retornando: una interrogación escrita de historia en el colegio nuevo, todavía en cons-

trucción, damos cabezadas silenciosas por las respuestas, una tensión unánime nos une. El profesor lee, de pie. Es entonces cuando por la ventana entran nítidas unas palabras y nuestro profesor —un hombre que no se abandonaba jamás, con los nervios doliéndole porque advertía que el certamen nos madrugaba— tiembla de risa y todos reímos fuerte, largamente y él hace visajes nerviosos y procura leer y otra vez la risa le anubla los ojos y se arruga de risa y su libro se estremece y nosotros siempre lo hemos querido y apenas miras la fecha del asunto ése de Westfalia y aún mucho después el profesor goza otras convulsiones y el examen termina felizmente. ¡Si no te mueves, te voy a sacar la misma mierda!

Desde entonces conservas gratitud por el lenguaje colorado, liberador. Desearías que los obreros lo supieran. Les das una mirada tímida de camarada.

Las manchas se hunden en el pavimento y tornan a aparecer. Una carrera desenfrenada te turba. Es un muchachito en uniforme, el pantalón corto, regresando al colegio. También tú volvías temprano, ibas a la sala de clases, desierta, llegabas hasta tu pupitre junto a la pared. Ahí permanecías, sintiendo de un modo extraño esos minutos; son los más importantes de mi vida; voy a decidirla. No te distraía la ventana, ni los libros, ni dejabas de currías escribir. Cruzabas las manos sobre el pupitre desnudo, aguardando una revelación importantísima con paciencia inexplicable. No vértigo, ni temor: sólo espera. No pensabas, no te interrogabas; asistías simplemente a un proceso, como si desovaras. Hipnotizado por ti mismo, te veías arrancar de la nada. Una sensación pura: soy yo. Quizá este cuarto de hora, cada día en la escuela, produjo tu destino. Católico observante, le apostabas a Dios.

Quince minutos más tarde llegaba Cristián, su figura alta pegada a la puerta, y decía sonriente, inseguro:

—Estaba seguro de encontrarte.

IV
RA?

¿QUIEN VENCE, QUIEN IMPERA?

Iremos juntos a la procesión y a la misa de medianoche. Te hacen pasar a la salita con la puerta-ventana que se abre al jardín. Te hundes en el diván, rozando con el pie la mesa de vidrio, ancha y baja, repleta de revistas francesas en la plataforma inferior. Claudia viene del comedor, un brazo doblado hacia arriba, el humo del cigarrillo sobre los ojos. Chaleco con botones hasta la garganta, cerrado completamente, mangas largas, azul oscuro. Falda gris, corta, ceñida, largas arrugas al caminar, así viene ella. Se sienta a tu lado, ovillándose. Las piernas encogidas, cruzadas en los talones; las rodillas, en primer plano, hacen retroceder las otras cosas. Medias imperceptibles: la luz eléctrica les da un blanco color de carne. La falda está más recogida al lado izquierdo. Un punto de la media corrido. Claudia humedece sus dedos anular y del corazón y las yemas oscurecen el punto.

—Esas medias, ¿existen?

Las recorre con la uña del pulgar hasta la rodilla. La superficie es semejante a tu rostro con algunas horas de barba. Claudia se contrae y descubre más el muslo izquierdo. Rehuyes mirarlo y pierdes los ojos en un ejemplar de »L'Illustration«. Eisenhower en la portada, ¡qué cara de zonzo con esas orejas recortadas!

Acabamos de oír algo de Beethoven. Anuncian a Villalobos y resolvemos escucharlo. Pero eso no tiene importancia, querido, que le recorten a uno las orejas.

Claudia te informa que el individuo conocido el miércoles no ha cejado el asedio. Esperaba locomoción, el automóvil se detiene, ofrecen llevarla, acepta, es atractivo, maduro en edad, un agricultor que visita Santiago por unos días, algunas canas muy viriles, una invitación a almorzar después de las clases, acepta, claro, por qué no, qué tiene de malo, yo sé hacer mis cosas y cuidarme, sí, debe ser casado, me tinca pero es buenmozo aunque sea tonto, tú eres un mocoso, un imberbe de mente mórbida, yo sé lo que hago, ¿una aventura?, me río de eso, no tengo nada que hacer en la tarde, llegó el profe, vamos a clase. Después, el día viernes, varias horas en los jardines de la Facultad.

ra lo dejaste?

mucho tiempo.

morzamos en un restaurante de Irarrázabal. Después seguimos a la cordillera.

tas horas?

Tus preguntas.

—¿Qué hubo? ¿A qué hora

—A las siete.

—¿Pero cómo pudo ser? Es

—No me aburras.

—¿Es atractivo?

—Sí.

—¿Te divertiste?

—Sí (con indiferencia). Al

—¿Iban en automóvil?

—Claro.

—¿Pero cómo, por qué tan

Claudia rió entonces.

—Lo amé, tonto, voy a hablar por teléfono.

Sentado, te sientes cada vez más insignificante. (Como si ella te dijera:

—Te juiste, mojón, por l'agua).

—Está malo el teléfono. Tendré que asistir a la clase de Estilística. No me fastidies.

—Me interesa, es importante. Tú no comprendes, cuéntame.

—¡Ya! Me acosté con él... Te dije lo que querías oír, ahora no me molestes.

Se esforzaba en reír y sus ojos temblaban.

—No me has dicho nada. Quiero saber cómo llegaste a eso.

—No me aburras.

—¿Te besó?

Con los hombros dijo. »sí, claro«.

—¿Cuántas veces?

—No sé. Muchas veces. Vamos al sol. Y no me enojés más. Eres peor que maricón. Eres...

Repite morosamente la palabra huevón con los labios, sin pronunciarla. Tiene la mirada vacía, ignorante de tu presencia y la boca sin voz sigue moviéndose con el insulto.

—Es importante que me digas...

—¡Cállate, mocososo, maricón!

Pronuncia con énfasis, silabeando los sonidos; quiere evitar así el significado. No se trata, entonces, de una injuria de corazón. Ha arrancado una clavelina y sus dedos juguetean nerviosamente. Nos sentamos al sol.

—¿Qué clases de besos?

—Ignoraba que existieran clases de besos.

—Hay uno sensual e inocente, el otro es erótico y lleva elementos de corrupción.

—Es divertido. Yo conozco una sola clase. Entonces mis besos son siempre »eróticos«.

—¿Te excitaron sus besos?

—No mucho. Soy frígida (entreabre la boca y se descalza para comprobártelo). No hay temor; nunca me arrastra el vértigo.

—Te he preguntado si te sentiste excitada cuando te besó.

—No, apenas.

—¿Te dio algo de beber?

—Sí, en el Drive-in-Charles.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—¿Había pasado todo a esa hora, entonces?

—Sí, ¿te parece muy malo?

—Hum. Tu aventura no se distingue de otras con ciertas señoritas. Ellas esperan en una esquina de las calles, y con ese pelo sin domesticar y los ojos asustados, hacen una figura parecida. El auto móvil se detiene, señas del conductor, un momento de vacilación ante la puerta (dices que sólo entonces re-

paraste en que no se trataba de un conocido), preguntando si está dispuesto a hacer el gasto, después sigue igual la cosa.

—¿Y? ¿Te parece muy malo?

Hablabas con dificultad, esmerándote en insinuar asco e indiferencia con la boca. Parece que tu corazón se ha agarrotado, recogiendo de tu cara los escasos restos de color que permanecían. Claudia —inconsciente— deja caer la clavelina y tus ojos —no eres capaz de mover nada sino tus ojos— reciben una sonrisa desconcertada.

—¿Verdaderamente has creído todo lo que dije?

Instantáneamente comprendes que vas a morir sin enterrar tu estupidez. La muchacha no parece ignorarlo, porque se ha vuelto, con una amargura divertida, hacia los árboles. Recoges la flor con un gesto mezquino —tus músculos tiemblan— y la llevas a la boca, una vez y otra, torpemente, desesperadamente acercas el color morado y suavísimo a tu boca descolorida, cobardemente porque Claudia ha dejado caer la clavelina y comprobó una vez más tu miseria. Dios mío, ¿por qué no te vas o por qué no le dices que la amas rabiosamente? Has empequeñecido tanto que la flor te va quedando grande. Pero Claudia es una mujer sola en el mundo y te va a enseñar:

—Dime, Gonzalo, ¿es verdad que has caminado solo por las montañas y fuiste un buen atleta?... Gonzalo, ¿es verdad que tienes »cada« anécdota?

Esto es algo, algo sólido por fin, aunque tú no hayas sido capaz de producirlo. En verdad se lo agradeces, porque el disgusto te hizo levantar la pierna cruzada y patear el suelo. Su arrumaco

burlón se clava, fastidiándote; la ira golpea tus venas y la piel del rostro se congestiona. La sensación de tirantez es tan intensa que, no obstante la furia que te inmoviliza, haces un esfuerzo formidable para tocar tu cara con las manos. Y a Claudia, que te da con el codo, sólo puedes devolverle una mirada rabiosa. Entonces —con un ademán rápido de chicuela— la mujer te arrebatara la clavelina y la frota contra tu rostro hasta deshacerla; luego salta del banco y ensaya un paso de baile, tan cerca, tan atrevidamente cerca que azota tu pantalón. Ahora te muestra la lengua.

—Voy a escaparme ¡Alcánzame si puedes!

Corre unos metros y desde esa distancia se vuelve, provocándote. Pero cuando comprueba que no vas a hacer otra cosa que mirarla con desgano, los pétalos prendidos en tu pecho y desparrramados sobre los muslos, se acerca con lentitud, sonriendo hacia el suelo, colocando cuidadosamente un pie delante del otro, los brazos en cruz, balanceándose en una cuerda imaginaria del camino. Te habla por detrás de tu hombro.

—Esto es lo que no me gusta de ti, que no sabes jugar. A mí me gusta jugar.

Coge con fuerza el espaldar del banco y lo tira hacia atrás, para que tu cabeza se aturda en el césped. Y ahí va, rumbo al sueño, porque la conciencia dio su aviso con tardanza y sólo atinas a alargar ciegamente un brazo. Y quedas así: las piernas al aire, el banco semivoltado y un brazo soportándolo todo. La posición es tan incómoda que los pataleos no consiguen el equilibrio normal del trapecio. Claudia aplaude con júbilo y se destornilla de placer; da saltos hacia un lado y otro, emitiendo grititos crueles.

—Ahora llamaré a todo el Pedagógico, a todas tus admiradoras, para que te vean.

Tú has renunciado a los pataleos y le dices sordamente:

—Endereza esto, estúpida, enderézame.

Claudia te explica que el individuo conocido el miércoles tiene cuarenta años, es casado y vive separado de su mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi hoy.

—¿Y lo verás nuevamente?

—Sí. Mañana.

—Esta es la última vez que hablo contigo.

—¿Sí?

No le impresiona tu solemnidad. Habla de la trágica existencia de un hombre casado hace veinte años y que a los pocos meses se separó de su mujer, con un hijo.

—Podría ser tu padre.

—Por eso mismo es atractivo.

El cuerpo de Claudia presenta un escorzo irresistible; sus miembros están mórbidos y tensos, el rostro inclinado sobre el hombro izquierdo. El trencito de Villalobos va llegando a Caitira y te acercas para besarla y asistes a un remolino vertiginoso. Seguramente bajó de golpe la cabeza y no tocaste ni sus cabellos. De inmediato te separas, enrojecido, humillado, encerrando en los ojos una mirada vergonzante.

—Ahora vas a irte de mi casa.

Respondes con voz tartajo-

sa que sí, que deberías hacer eso.

—Lo harás.

Cierras de nuevo los ojos y ocultas parcialmente la cara entre tus manos empuñadas. Bajas la cabeza.

—Eres un hipócrita.

—Lo sé. Además soy un imbécil más todo lo que quieras agregar. Tú también lo eres. ¿Ves lo que me has obligado a hacer?

Tú con los párpados caídos y el mentón descansando entre las manos, Claudia abrazada a un cojín contra su pecho, diez minutos así. Ella pregunta:

—¿Vamos ya?

—Bien... Y si quieres usar esos zapatos altos de taco, hazlo (cuando llegaba a la puerta).

Sube a su cuarto, largo rato. Permaneces inmóvil en idéntica postura. Haces un gesto de asco, chasqueando la lengua, y vas a parar el discurso implacable del locutor. Recuerdas el caso de Odette y Swann. Los elementos son los mismos. Te habías dicho el miércoles que si Claudia veía otra vez a ese individuo, terminarías con ella. Sucedió esto, ahora. Habías construido cuidadosamente tus frases, igual que Swann. La diferencia está en que tú las ejecutarás.

En el camino hacia la procesión, Claudia te habla con dulzura. Por ejemplo, bromea afirmando que es más alta y que no le sirves de pareja. No menciona lo pasado ni parece importarle.

Nos unimos a la romería cuando tuerce por la calle Dieciocho. Consigues una antorcha que delata tu rostro descompuesto. Coreas un rosario y Claudia yergue desafiante su cabeza (es la única mujer que participa en la procesión). La romería es

larga, las gentes apiñadas a los lados de las calzadas parecen indicar a Claudia, tus compañeros de columna se reponen ya del estupor de nuestra llegada —pero nos conceden todavía un espacio aislado— y cuando un jovencito de camisa blanca y banda azul al brazo se detiene en seco al vernos y mira a Claudia con ofuscación, colgando los brazos, la muchacha sonríe.

—Es mi hermano. Peleamos en la mesa porque yo quería desfilas.

Observas al muchacho con simpatía. Los cuellos se hinchan gritando ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva! Unos años antes, comandando una columna de tu colegio, llegaste a gritar »¡Muera el Diablo!«. Eran otros tiempos, era una edad que te hacía arrancar altivamente los afiches obscenos de los microbuses. Entonces interrumpías las clases escolares para exigir de tus compañeros ropas y dinero para los proletarios, cooperación para enseñar catecismo en las poblaciones callampas y una organización enérgica contra la masonería y la frivolidad. Volvías a tu sala de clases —en interrogación escrita— y el profesor debía concederte una fecha especial. Ahora eso no se podía. Habías reconocido la necesidad del Demonio, porque sin él nadie sabe hasta dónde se puede llegar.

—¿Por qué no gritas tú también, Gonzalo?

Su voz melosa martiriza tu cerebro. Adviertes una vez más que has pretendido adormecer tu desasosiego carnal a fuerza de ética y recuerdos.

Formamos una vena hinchada de entusiasmo. Son miles de antorchas en miles de brazos jóvenes que avanzan a los gritos de combate »¿Quién vence? ¡Cristo! ¿Quién impera? ¡Cristo!«. Y ahora, en la plaza Ercilla, somos un campamento en la

noche, bajo el cielo desnudo. En el centro se planta la tienda del Rey. El ejército ha dejado de vivaquear y aguarda. Va a ser una misa para soldados, sobre la tierra dura y al aire fino, las cabezas erguidas y el cuerpo sin afeminarse. Después de dar gracias nos lavaremos los pies y descansaremos hasta el alba. A este Dios militar le pides que acepte el Sacrificio por la salvación de Claudia. Aquí está ella, pero la observas con asombro, calladamente, porque es una mujer judía de expresión angustiada. Se ha adelantado y su rostro significa curiosidad, inquietud, admiración, angustia. Parece entregarse a una respiración inmensa, común, y la mirada se extiende sobre Canaán. Su pecho se agita con fuerza y —a medida que absorbe la palpitación unánime del campamento en torno del altar— sus ojos van perdiendo el temor habitual y se alucinan como los ojos de una profetisa. Te sobrecoge un respeto irracional. Las soberbias antorchas han sido tiradas y muestran una realidad mísera de cartón chamuscado. Subyugado por la belleza hebrea tú no sabes ya si esta muchedumbre de color acero fue una vez un ejército cristiano o era también entonces una composición de tribus de Israel. Las sombras aceradas por la luna son los jefes de familia con sus mujeres, concubinas, hijos y criados; estos hombres elegidos del Señor gozaban alegremente el cuerpo de las mujeres. En seguida escuchamos a un profeta de ojos brillantes y voz enronquecida por la pasión; luego habla otro, después otro. Comienza la misa cristiana y Claudia no es ya Débora, sino Claudia.

—Estoy muy cansada.

No se apoya en ti, pero se descalza. Sigues su gesto y ella te sonríe como disculpando una travesura. La mujer recibe directamente el ansia de la tierra y no mezcla su voz con los hombres que levantamos el mentón y abrimos las bocas en triun-

fo para ensalzar »¡Sanctus, Sanctus, Sanctus!« al Dios de los ejércitos. Y cuando el cuerpo del Señor Dios va a consagrarse, cuidas de la mujer y extiendes un pañuelo para sus rodillas. Cuando se pone de pie, la protagonista del memento de los vivos se apoya ligeramente en tu hombro. Permaneces arrodillado hasta la comunión, hasta pedirle tres veces a Dios que sane tu alma con una sola palabra. Los soldados abren paso a los ministros de la hostia y Claudia te da varias veces con el codo, sonriendo con indecisión, los ojos asustados.

—Vaya a comulgar, vaya a comulgar. ¿Por qué no lo hace, ah? ¿por qué?

A la una y treinta caminamos hacia Alameda, lentamente. Grupos de jóvenes nos escoltan, nos preceden, pasan con rapidez, mirándonos. Termina el homenaje a Cristo Rey.

Un colegial tímido, de aspecto amanerado, se acerca y saluda a Claudia. Es Navarro, un amigo de su hermano, un muchachito de voz ronca y sensible. Estrecha tu mano con respeto. Después de preguntar precipitadamente por la familia, no encuentra cómo justificar su presencia. Comprendes que Claudia también sufre por las muecas forzadas del muchacho y tiendes tu mano; ahora los varones vamos a hablar de música. Ya en la Alameda, Navarro se aleja y convenimos en beber algo antes de volver a casa. Claudia quiere ir al café. Le repites que te asquea y sugieres la Escuela de Derecho. Allí hay un baile de estudiantes. En Plaza Baquedano, cuando ayudas a Claudia a bajar del trolebús, sorprendes unos ojos fijos en ti. Es Crescente, tu compañero delegado del colegio ante el Consejo Arquidiocesano de Acción Católica; al graduarse, dejó en ti la presidencia del movimiento. Vas a saludarlo, pero justamente ahora desenfoca sus pupilas. Fue

una mirada cobarde que no olvidarás con comodidad. Resoplas de rabia y le gritas al rostro, entre salivazos:

—¡Mira, animal, no tienes que mirarme así porque sigo siendo tan huevón y cartucho como tú! (se aleja del trolebús).

Con la mirada todavía dura penetras en la barraca de cemento armado que construyó el arquitecto mejor pagado de Chile. Pagas dos entradas de estudiante.

Paseamos unos instantes por el patio, orillando la pileta circular. Hacia los rincones, la oscuridad succiona parejas de lentos bailarines. Claudia te pide la dejes sola mientras vas a guardar el sobre todo, no voy a moverme, tonto. La inmensa sala dos sirve de guardarropía; los asientos están numerados y los ocupan los despojos de los festejantes. También se baila en los pasillos, crudamente iluminados; aquí están las muchachas y solteronas del pueblo. Sus madres, gruesas y coloradas, las espían desde los asientos a lo largo de los muros y de tanto en tanto las reconvienen a gritos, y uno tiene que acompañar a la María donde la matrona. Con una diplomacia delicada de cortesanía, sonrisas y empanadas de horno servidas por uno mismo, no es difícil bailar una media hora con la muchacha de colorete y vestido chillón, pero nada más. Para conseguir canela es indispensable ascender la escala social.

Claudia está allí, los párpados abiertos dolorosamente. Inmóvil, absorbe los golpes de la orquesta y las sombras innumerables que la rodean. Los ojos fijos, asustados, apenas indican que tú te acercas. En el tercer piso se ha improvisado una boíte; subimos las escaleras de mármol falso, opulento. Ocupamos una mesa y en seguida una comparsa de jóvenes solos que fuman con indolencia, el vestón abierto y las piernas cruzadas, nos indican con el mentón. Son

antiguos conocidos y se acercan para saludarte. Sentado, les explicas que habría bastado un saludo a la distancia y puesto que no podían conseguir una amiga, harían bien en seguir sorbiendo humo. Pero los viejos amigos, con un humor excelente, celebran con risas tu ingenio y te llaman por tu nombre al estrechar calurosamente tu mano desganada, de manera que no tienes más remedio que presentarlos.

Cuando enfilas, apresurado, hacia el mesón, te llaman. Es un primo lejano. Nos damos las manos con fuerza y con el brazo libre nos flagelamos con alegría. Te cansas pronto y le preguntas si tenía noticia de la muerte de su abuela. Su mirada se enturbia de molestia y replica que sí, pero, por favor, no cuentes que me has visto aquí. Le pides lo mismo y añades que quizás haya sido mejor que tu abuela no estuviera junto a la difunta; así se amortiguó la desgracia. Pancho pone unos espléndidos ojos de tarado:

—Sí. Pero además porque es católica supo soportarla.

Pellejo duro, es cierto.
Asientos con ojos de tarado.

Un estudiante está a cargo del mesón. Le ordenas dos cubas libres. Sonriéndole, le pides que doble las raciones de ron. Inclina la cabeza con astucia y te sirve a gusto. Vuelves donde Claudia y la encuentras contenta, el rostro alegre y animado por la charla. Está allí y los jóvenes forman un semicírculo desde ella. Aplaude cuando llegas:

—¡Oh, qué bueno, qué bueno eres tú!... Dime, ¿por qué eres tan bueno conmigo?

Te sientas frente a ella cruzando las manos sobre sus muslos; te rechaza un instante, imperceptiblemente, pero luego te deja hacer. Behemos con fruición, haciendo sonar la garganta. Así per-

manecemos largo rato, los jóvenes ejercitándose en la charla, Claudia replicando con picardía y tú, ajeno por completo a la situación pero rozando sus rodillas y sintiendo bajo los brazos unos muslos duros. Habla uno de los cortejantes, un muchacho hinchado de comida que hace resoplar a su chaleco. Con labios húmedos, informa que tuvo un sueño extraordinario, un tema pintado para un cuento excelente que escribirá; se trata de un silbido que nacía de una tráquea humana, pero luego se emancipaba de su creador, desesperándolo. Al terminar, el cuentista se desplomó sobre la silla, con un quejido de sufrimiento, qué les parece.

Ahora sí, ahora tendremos baile; suspiras con gozo:

—Uñ Kafka pigmeo no puede soñar sino cuchufletas.

Como si nada. El joven gordo tiene los ojos mojados y el corazón blando tras el chaleco valiente. La comida y la bebida lo han llenado de bondad y conmiseración hacia sí mismo. No alberga nada contra nosotros y se disculpa, los ojillos como bolitas nuevas.

—Creí que les gustaría mi cuento.

Traga humo y tose desesperadamente hasta quedar sin aire. Su atoramiento parece serio, porque se oprime el pecho y agita con angustia el cigarrillo, incapaz de dejarlo en el cenicero y sin ocurrírsele tirarlo al suelo. Coges prontamente la pasta blanda de tabaco y baba, casi deshecha, y acompañas a tu amigo al baño.

A medio camino el soñador te pide que lo dejes solo y quedas mirando a una muchacha encantadora —un precioso yelmo de pelo castaño y los ojos negrísimos— justamente en el centro de

un semicírculo que unos jovencitos ansiosos y soñolientos forman desde ella. Uno de los jóvenes sacude la cabeza:

—Aquí está el poeta.

La muchacha se adelanta, los ojos muy brillantes. Le pides la mano izquierda y la besas en el rincón de la palma, lentamente, pasando la lengua por la línea de la vida. Cuando sus ojos se turban, con unción sacramental impones tus manos sobre sus hombros, y le susurras con tu voz enronquecida:

—Te llamaré Astarté, querida, pero no tengo para ti una moneda de plata, no hables, voy a dejarte ahora pero entrégame la flor que se mueve con tu pecho tan redondo y adorable.

La joven desprende el clavel púrpura, le da sus labios y lo introduce en el ojal de tu solapa. Retrocede un poco, torciendo dulcemente el gesto para apreciar mejor su obra e impone los dedos en la flor, mirándote en los ojos, con la boca fruncida en una sonrisa de deleite.

—Toma, mi señor.

Sin quererlo casi, sin impedirlo tus ojos se enternecen y gozas plenamente la emoción, sosteniendo su mirada, apretando un trozo suave del yelmo castaño. Con un suspiro y las palabras »ya habrá tiempo« adormilándose en tu pecho, te alejas calladamente.

Claudia no está. No está Claudia. ¿Dónde está Claudia, dónde? Disparas los ojos hacia un lado y otro, pero Claudia no está. Díganme, compañeros, ¿dónde...? ¿Por qué me dicen »está por ahí, bailando«? ...¡Uds. inútiles castrados! Ahora las parejas te pisotean, te empujan, pero Claudia no está aquí. El baile termina y Claudia no está aquí contigo. Sales a la terraza y quedas seco de susto y rabia. Crees

oír el crujido de tu piel que se apergamina y sientes el cuello incómodo. Claudia abraza el cuello de un joven alto que la ciñe por la cintura. Parece colgarse de él, el rostro vuelto hacia arriba, derechamente hacia el rostro del hombre. Te acercas, penosamente, y ambos —Roberto y Claudia— te sonríen. La ira y la vergüenza te enmudecen. Querrías golpearlos con odio, pero algo, un corazón de mujer alojado en tu cuerpo, te hace cobarde e irresoluto.

—Voy contigo.

Y con una mano todavía en el cuello de Roberto:

—¿Sabes?... Amo a este señor.

El cuerpo obedece al corazón y ensayas una mueca indiferente, cobardemente. Escoltas a la muchacha hasta la mesa y permaneces en pie, los brazos agarrotados por el esfuerzo, la vena de la frente hinchada como si copularas, la sangre acezando. Te dejas caer en la silla, mareado, y Claudia pasa rápidamente su mano por tu pelo y te hace tragar los restos de hielo en los vasos, pero qué te pasa, Gonzalo.

Resoplas hondamente dos cigarrillos norteamericanos que te ofrece el amigo del cuento y te levantas para bailar con Claudia, la música se sucede sin interrupción y bailamos mucho tiempo, ella sin dejar el cigarrillo, abandonándose al ritmo con indiferencia y tú permanentemente tieso, mudo, sin buscar sus rodillas, sin estrujar su cuerpo. Nos apoyamos en el mesón y ordenamos por sexta vez dos bebidas fuertes. Cortan la electricidad y termina la música, son las cinco de la mañana.

Todos protestamos con gritos, zapateos y golpes de puño sobre las mesas. Algunos derriban las sillas a puntapiés. La rechifla ensordece y

vemos llegar los gruesos mosachos blancos de don Amadeo, el bedel. Posee una figura distinguida de cochero de la nobleza italiana. Su presencia, sus espaldas cargadas con dignidad, debilitan la algazara. Hace sonar las llaves y todos entendemos que su resolución es implacable. Sin confianza en tu misión, únicamente para probar a los demás que conoces al Gran Padre, te aproximas y le pides con voz tartajeante que nos deje estar. Don Amadeo no te toma en consideración.

—¡Se acabó, niños! ¡A evacuar el tercer piso!

Nuestro grupo se reúne para despedirse y observas que Roberto escribe las señas de Claudia. Le dices:

—Huevón.

Roberto se distingue por unas pestañas hermosas y rizadas. Las despliega, soñoliento y observas los párpados enrojecidos, tumefactos por el prolijo aseo de la conjuntivitis. Bajo sus ojos se insinúan unas delgadas bolsitas blandas. Dicen que no se acuesta temprano.

Has tirado un brazo por la cintura de la muchacha y muerdes la tela que cubre su hombro. Bajamos despacio las escaleras; te detienes y tu boca avanza hasta los labios blandos. Te retiras en seguida, pidiéndole perdón, Responde con desprecio, sibilante:

—No me importa.

Sufres la humillación como un tajo súbito, insultas a los cinco jóvenes que nos acompañan y rechazas con patadas al más cercano. Panchito, el primo, te coge del brazo y te pide que no seas idiota.

Buscas el sobretodo. Estamos ya en el amplio vestíbulo con aspecto de refrigera-

dor. En el bar todavía despachan bebidas, ahí conversan Lihn y Giaconi, escritores jóvenes. Nos llaman con alegría, aspirando el aire. Claudia se sienta en el mesón y balancea las piernas. Lihn está agotado por la bebida, la trasnochada y la abulia existencial. Apenas sostiene un vaso grande, sucio de cerveza, y el abrigo le cae flojo, desplanchado, las solapas picoteadas de grasa, caspa, ceniza. Sus ojos han perdido inteligencia y buscan, cansados y bovinos. No le parecen mal las rodillas de Claudia y sus muslos se apoyan allí con desenvoltura. Antes me capan. Lo distancias con una fuerza suave, como si le dijeras conmigo no, viejo, mejor te vas a la cama calladito.

El escritor te mira con enojo y uno puede advertir el triunfo de su metafísica, porque encoge los hombros y apura la cerveza.

Hace varios minutos que Pancho, a unos pasos, discute airadamente con los moscardones del tercer piso. Procura disuadirlos de algo. Se acerca y te dice que quieren pegarte, que uno es de armas tomar, que te vayas cuanto antes y él se encargará de retenerlo.

—Qué me importa. Puedo sacarle la mierda.

—¡El me la saca a mí!

Pancho es un recio jugador de rugby.

Claudia está besando alegremente la mano de Giaconi. Le entregas las tuyas. Ella te mira con cariño y lo hace dos veces. Dices que tus manos son sagradas ahora e informas a los dos jóvenes sobre las demacraciones de tu rostro: se deben íntegramente a Claudia. Giaconi te sonríe con simpatía, qué tendrá tras los parachoques. Dices de Proust y lo rebajas llamándolo Marcelito, que es un mentecato cuando sostiene

ne que todas las mujeres proporcionan un placer idéntico.

Claudia se inquieta súbitamente por la hora. Ya en el interior del taxímetro te precipitas en silencio contra ella. Nuevamente sorbes la saliva de sus labios. Hay una lucha sorda, un jadeo anhelante, ebrio. »Déjame, déjame«, te susurra en un tono bajo de asco y desprecio, »déjame, mocososo«. Tu boca se asfixia con su pelo de oro y Claudia te muerde rabiosamente los dedos. Hince profundamente los dientes en el índice de tu mano derecha; el dedo sangra, paralizando su sensibilidad. A pesar de todo, la mujer encuentra aliento para guiar al chofer. La dejas, con un quejido de dolor y despecho.

Conversamos todavía unos minutos, apoyados en el portón. Le dices con desesperación:

—¿Sabes? Te amé esta noche.

—¿Sí? ¿Me amaste? ¿Una hora?

Repites que has terminado con ella.

—Si piensas en el agricultor, no seas tonto. No me interesa.

Le confiesas que nunca has declarado una palabra de amor a nadie. Refieres que una vez una muchacha... Estás en eso cuando Claudia cierra el portón con estrépito. Le gritas que eres indigno de todo, de ella, de qué sé yo, que no hay palabras en la tierra para ti. Responde algo que no oyes y habla una segunda vez, pero tampoco distingues las palabras. Y quedas de espaldas a la muralla, la cabeza apoyada atrás, en la muralla. Cuando hablabas con Claudia sentías la tristeza, tus ojos debieron decirlo. Pasa un sueño

veloz, hace tres años: nos despedíamos una noche; la chiquilla estaba del otro lado de la puerta de reja y te había dicho en la fiesta que quería decirte algo, aunque creía —mohín de pena— que sería inútil. Esa noche —nada más que por vanidad y egoísmo— tú le exigías que hablara.

—susurraba, conmovida.

—¿Y para qué, para qué

Por último, con una decisión desesperada, suspirando:

—Je t'aime.

Tu actitud de rufián te dificultará las puertas del cielo. Te erguiste como un pavón:

—Sí... en francés. Y en inglés, ¿cómo se dice?

La muchacha tembló y los sollozos la desfiguraron. Cerró de golpe el candado y corrió a su casa, sin dejar de llorar histéricamente. Gritaste con angustia, suplicando su nombre, pero ella no se volvió. Enfriaste tu frente con la cadena que ella tomó para cerrar la puerta y tus ojos se pusieron húmedos. Largo rato después, cuando la luz de su cuarto se apagó, envolviste en el pañuelo la flor que ella te había dado y arrojaste el pequeño bulto al jardín.

La luz del cuarto de Claudia no se enciende. Te alejas con lentitud, volviéndote varias veces hacia las ventanas. En la esquina de Riquelme con Alameda buscas un rincón y orinas prolongadamente, tragamos unas seis bebidas largas, por lo menos. Mientras conversabas con Claudia pensaste en la probabilidad de que te sacudieran las náuseas. Tu figura habría sido ridícula y vil, encorvada por el ansia y mancharías tus ropas y serías un cerdo de ojos lastimeros. Te abandonas con mesura a los impulsos, tres

veces, solamente líquidos. Un hipo poderoso te sube a la boca, conmoviendo las costillas. Tambaleas, chapoteando en los vómitos. Tus zapatos brillan, mojados de alcohol y hiel. Regresas a la casa de la muchacha y parpadeas indeciso. Hay unas figuras —recortadas en negro, como en una tira cómica— abriendo la puerta. Por un momento sospechas de alguno que se hubiera concertado con Claudia. Son los criados que se recogen. Vas donde ellos y te explican. ¿Puedes decirles algo para Claudia? Bueno... que no la olvidarás. Se ofuscan los cachetes de la doméstica de la cara redonda, de la nariz grande y chata, porque es muy corto tu recado. Te vuelves al mozo (estás avergonzado de tus palabras imbéciles a la mujer) :

—Ud. verá a Claudia, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Mañana.

(Era que hoy)

—¿Puede entregarle un papel?

—Por supuesto, señor.

Te da su libreta. Arrancas una hoja y escribes con tu verde tinta: »Claudia —estás en mí—. Todo: farsa. Menos: yo«. Fecha y firma.

Llegas a tu casa a las seis y media. En el taxibús asomas discretamente la cabeza por la ventanilla y los vómitos frescos empapan los flancos de la liebre. El cansancio te hace cabecear y abrir los ojos con fuerza de tanto en tanto. Luego, al apresurarte por la avenida Los Leones, el frío aprieta dándote lucidez y frescura. Los perros del alba ya han volcado los tachos de basura. Crees pisar la mañana clara. Te arrojas al lecho con la cabeza pesada, ignorando el aseo de los dientes, a dormir. Claudia.

Recuerdas a las once del día. En la ducha el grifo del agua fría te flagela con toda su fuerza. Después del baño la sangre se recobra y gozas la invasión de un calorillo medicinal. Llamas por teléfono a Pedro Pfeiffer. Atiende su madre y preguntas por su marido. Don Joachim Pfeiffer, padre de Pedro, ha muerto. »Murió anoche«, gimotea la voz delgada del teléfono.

De inmediato a la Clínica Alemana. Abrazos a Pedro, sin hablar. Está pálido, con un desagradable color amarillo en la piel y los poros abiertos. Las ropas arrugadas. En la sala del ataúd morían las flores. Permaneces alternativamente de pie o de rodillas, rezando, mientras se amplían los colores en la habitación. Dos burbujas de color vidrio sucio le salen de las comisuras de la boca y en la barbilla el padre de Pedro tiene un rastro de sangre seca. Su cabeza poderosa está hundida en géneros. Recuerdas el largo paseo con él en Las Vertientes. Ambos llevábamos bastón y la noche era tibia. Te admiraba su poder de expresión; iniciaba un relato y te preparabas para una fiesta. Las ideas se ordenaban, se contraponían, se explicaban, movidas por un lenguaje que funcionaba plásticamente. Seguías con placer secreto, inolvidable, ese paseo verbal, y cómo de ello iba resultando la arquitectura inteligente, la anécdota perfectamente trabada. Dirigía su propia orquestación y cada ademán suyo hacía vivir las piezas adecuadas de la armonía. Las historias se olvidaron, pero aquello quedó. Con intermitencias, se suceden los visitantes. Un instante de pie en el umbral, la desconsolación impuesta en el rostro; en seguida el paso sigiloso, huidizo, hacia el cuerpo. Llevan crispadas las facciones, como merodeadores. El trecho parece alargarse indefinidamente, pero al fin se encara la ventanilla del cajón, el aislamiento insostenible con

el muerto. Había sido el juez chileno más joven de su tiempo y los ingleses del norte lo llamaban el »junior judge«; rió cuando tropezaste en tu bastón y habló de un caso criminal atendido en la pampa. Cara a cara con él, las miradas no pueden evitar una atomización provocada por la curiosidad. Mientras se retiran, los visitantes posan distraídamente los ojos en las tarjetas de las coronas florales. Había partido al desierto con dos carabineros, a caballo. Entra en el cuarto una muchacha rubia, bellísima. La reconoces como la reina de un concurso de belleza. Cuentan que su pierna izquierda está menos desarrollada que la derecha, y que por ello tuvo apuros en la prueba del fuego. Si es verdad está mal trovado. La joven observa detenidamente el rostro, desde muchos ángulos, varias veces. En su impertinencia se insinúa una feminidad entristecida, nerviosa. Una o dos veces ha mirado hacia tu lado. Abre su bolso, extrae un rosario y se acerca a ti; sólo aquí hay lugar. Comienza a pasar las bolitas y te arrodillas. Cuando te levantas, ella casi ha terminado las oraciones y se arrodilla. Rezas por el alma de don Joachim Pfeiffer, pero fugazmente, involuntariamente, al volver el rostro, te encandila la nuca de la muchacha. Justamente en su cuello —sobre la piel blanca— se marca una delgada vena azul. Apartas con fuerza la vista, torciendo bruscamente la cabeza. Pedro estaba a tus espaldas. Se fue. Se fue. (Primero Pedro, después la joven).

—Hast Du gebetet? (¿Has rezado?) —te pregunta Pedro con tristeza amable.

—Gewiss (Sí). Te dice que lo necesita, porque está ahogado en escepticismo, he comprendido que un católico improvisado no vale nada. Y tú eres tan vil que respondes a este amigo tuyo consumido por el deseo de la muerte:

—Es verdad. La improvisación en lo religioso no sirve. Pero en la vida todos somos improvisados y nunca otra cosa. Pedro, Du musst beten, tú debes rezar.

Ruth: te vulneré el cuerpo, clavé en tu carne mi espina, tus ojos se extraviaron, incendiados. Yo veía el sol sobre el vello rubio de tus piernas, la luz te desvanecía en la silla, te habías puesto transparente y lejana, me retabas con tu sonrisa gozosa e indolente, me recordabas que debía renunciar, yo te miraba, te miraba la piel con envidia, con furia, paralizado, sudando sobre el sillón de cuero de mi oficina, brutalizado, con unas ganas desbocadas de que me tomaras el miembro a dos manos y bebieras. Me dirías después: sentí una pasión intensa por la vida, me vi arrastrada al crematorio como hacia una trampa inexorable, quise vivir, que tu deseo me roturara y me viviera; a mi hijo, que aprende recién a andar, le hice caminar a mi encuentro, preguntándole con burlas, histérica, vous me suivez? ¿me sigues? ¿me sigues?

Cejé, despechado, y te hablé del cementerio en primavera para hacer conversación. Inesperadamente el aire se echó a vibrar. Entre tú y yo: tus manos y mi cuerpo, mi boca y tu cuerpo. Acabé mi historia y fornicamos sobre la mesa del general demócrata y lascivo, carnes blandas y rubias, un prohombre del siglo pasado, presidente de uno de los decenios de horchata, entrar entre goznes de maravillas, gobernaba por el peso de la noche, una república de ricos, sobre el tapete verde como mesa de billar, los pobres agradecían la bondad de los poderosos, había estabilidad constitucional, te golpeaste la cabeza y te saltaron lágrimas, sin escritores en exilio, sin asonadas, sintiendo que te rompía los huesos, a cada cual lo suyo y vida lenta, la carta de Jamaica, te puse bajo la nuca un dic-

cionario, afincabas las plantas sobre la mesa para mejor trepidar, nada ha cambiado en Chile, le hablas golpeado a un chileno y te dice sí patrón, cómo no patrón, perdone, tu boca como un pájaro ahogándose, cayó al suelo y se abrió en la letra I, el pueblo ay no pide sino un patrón de fundo, cien años después de prieto-bulnesmonttypérez, ¿por qué tus ojos no gozaban como los labios y las manos y el resto de tu cuerpo, por qué el terror, la angustia, la súplica?, o un empresario paternal, la revolución no prende ni con parafina y a esto llaman madurez civil, al fin pudo vencerlos y te di para sembrar un millar de bastardos.

El general firmaba sobre una cama de dos plazas. En eso sentí que entraban en el cuarto del lado y hablé con la voz entera y un tonillo clasista de condescendencia, no se preocupe, Cárdenas, me quedo trabajando, váyase nomás a casa. Te sonreí y descansamos. Tendida en el escritorio y yo en el sillón, con la cabeza caída sobre tus muslos.

No pensé entonces, ni al asegurar la puerta de la oficina, ni después, cuando te llevé a la sala de sesiones y tu piel se embelleció con la única luz del cuarto, la salamandra al rojo, y nos acariciábamos a su calor, desnudos y gozosos, no recordé para nada que eres una muchacha rumana y judía, con una historia de fuga y amarguras y parientes que cayeron de bruces con las nuca horadadas y hornos que expelían unos árboles frágiles, calcinados. Esto te hizo buscar sin dilación el deleite desesperado, infinito, de la carne: tu flacura de entonces, la huida con tu madre y hermanas, dos meses, dos países recorridos a pie y de noche y la hermana menor muere de hambre y la súplica de tu madre y sus ojos, en el campo americano por caridad hermanada, aplíquenos una inyección, no podemos sufrir

más, mátenos a todas. Tu padre era un tronco de ceniza. Sí, llévame donde quieras.

Al amoblado La Tropicana, cerca del Forestal. La mujer, ¿rato o noche?, noche, le digo, para que nos den el cuarto del fondo. Eres feliz en el lecho limpio, inmenso y sólo después de muchos juegos y muchas muertes y de chuparme los jugos, todos mis jugos, tu voracidad se aquietta y el terror de morir y duermes con el pulgar en la boca.

Te tiene sin cuidado, no le perdonas que no pueda sacarte de ese mal departamento de Arturo Prat adentro, su fracaso en los estudios y en la vida, no duermo con él, desayunábamos en un cafetín de la calle Merced, rodeados de parejas ojeras, se notaba que también habían estado poniéndole, y si me voy ahora es porque tengo que llevar al niño antes de las nueve a la guardería del José Joaquín Aguirre, nos vemos esta tarde, bésame, ¿quieres? Me fui directamente a la oficina, sin afeitarse, llegué más temprano que nunca y me encuentro a Cárdenas volcando un balde de agua en la entrada, qué estuvo celebrando, Cárdenas, ay señor, si usted supiera señor, una perra y tres perros entraron quién sabe cómo y se quedaron encerrados toda la noche, llevo una hora lavando la escalera, qué fetidez, señor, al salir aullaban y cojeaban y sangraban.

Te acompañé al Jota Jota Aguirre y las enfermeras la esperábamos, señora, ya pasaron las siete, ¿cómo explicarles que el general nos había inspirado de nuevo?, qué sano tu hijo, Ruth, cómo pesaba el cochino.

Pasamos al Quitapenas, un bar donde uno va después de enterrar a Teófilo. Voy a decírtelo: Teófilo fue un pianista de prostíbulo, un albañal caminante, príncipe de la miseria, mendigo del vino, estuve a su lado en El Bosco, él observaba su puño gra-

siento, de ahí emergió un piojo y Teófilo, amorosamente, lo empujó de nuevo brazo adentro. Ha caído muy bajo, decían sus amigos, deshonró al Ministerio, quién le vio, petimetre esbelto y elegante y quién le ve, basura, decían empingorotados en una repartición semifiscal, uno me abrazó, llorando, lloraba porque su mujer le trampeaba con un hombre público, el mismo que le consiguiera un viaje por Europa, la institución pagado todo, el pastel lo encuentro a mi vuelta, qué país magnífico es España, hasta las putas acaban, cuándo iba a pensar nadie que el gordo Suárez se pasearía por el Louvre, lo bailado, gastado, pero mi mujer no me recibe, se acabó tu cuarto de hora, gordo Suárez, a ver, dime, puchas que le he puesto al frasco, ¿dónde hay niñas por aquí cerca del Bosco?, el cuatro lo dejo para la cama, tengo que pasar la noche en alguna parte, compañero, se nos murió Teófilo. Tenía en su frente una estrella e iluminaba los tugurios de Santiago; pocos la vieron, Jorge la reconoció en el acto, detrás de la hediondez, los labios cárdenos y las encías arrugadas. Jorge comprobó la señal de poeta maldito, no vi sino ojos capotudos y dientes averiados. Te diré, muchacha, que yo llegaba de Estados Unidos y acompañé el cortejo, llevaba mi cámara en banderola y disparaba, al revelar las fotografías vi que sus amigos estaban más muertos que él, el gusano en las narices y las bocas, estaban más negros que Teófilo en su caja. Y de repente fue hermoso, Teófilo, Ruth, oír al muchachito soplar la corneta. A unos pasos, veinte niños con uniforme de explorar enterraban a un compañero.

El Quitapenas, detrás del hospital, a una cuadra del cementerio, debió ser alguna vez un refectorio de monjes, luego el lugar donde iban los pobres a cobrar su sopa eventual: un espacio vasto, altísimo, ocho mesas largas de roble, cada una

con dos corridas de bancas, tu crío gateaba por la madera con olor a vino, se acercaba a la enorme olla podrida, le atraía lo humeante y succulento, jugaba con las recias cucharas de palo aherrojadas con cadenas a las argollas, se haría pellizcar por el propio Cristo y los apóstoles, su vitalidad me pareció monstruosa, no lloraba ni pataleaba como hijo de cristiano, emitía un ronroneo animal, incansable, lo bajamos de la mesa y recorrió a cuatro manos el recinto, gordo e indiferente a las observaciones de los obreros que conversaban sobre un metro cuadrado de botellas de cerveza, entonces tú lo fuiste a buscar, lo obligaste a ponerse de pie, lo soltabas diciéndole vous me suivez? ¿me sigues? ¿me sigues?, pero el cachorrito volvía a caerse, tú me sonreías convulsivamente y lo alzabas de nuevo, preguntándole lo mismo como embelesada, yo me estremecí, palabra, y me dio miedo y asco la robustez del chico, seguía riendo, ronroneando, se meaba en nosotros.

Tu ansiedad acabó por desagradarme: tu lengua insaciable, tus miembros delgados y ávidos, tenazas.

En traje de noche

I Los hombres intercambian chanzas obscenas y amontonan cajones en las calzadas. Olor a legumbres frescas, a fruta recién abierta, a sangre de animal. Cientos de camiones han rodeado el barrio e invadido las callejuelas. Las hembras se insultan a grito pelado. Un carro mecánico atestado de tomates avanza lentamente por la angosta vereda que dejan las mercaderías; de pie junto al freno de mano, el conductor se abre paso a juramentos. Un argelino nervioso escupe sus manos frenéticamente. Viejecillas de piel cansada arrastran con denuedo unos carritos de madera; sus largas polleras tocan el pavimento y están acribilladas de remiendos; un pañuelo raído en la cabeza, anudado bajo la barbilla, que tiembla. Hay vacunos despanzurados, goteando sangre, colgando de ganchos distribuidos en formación militar. En la encrucijada de las calles se presenta un coro formidable de gritos, imprecaciones, bocinas, silbatos y campanillas. Alguien me insulta en argot y un carro repleto de papas pasa rozándome, a una velocidad imprudente. El hombre prosigue imperterritito y devuelve cordialmente las coprolalias del gentío. Luisa muerde una remolacha que recibió de un camionero galante —a toi, Mignonne!—. La arrastro a un cerro de repollos y nos damos un beso de enamorados. La muchedumbre nos zarandea; los mirones explican con buen humor a sus vecinos por qué se ha detenido el tránsito; nosotros no cedemos hasta no compartir razonablemente la remolacha. Luisa ríe: también yo tengo los labios y la nariz rojos. ¡Qué va!: es Mi-

Carême, la fiesta en medio de la Cuaresma; por las calles hemos visto algunos disfraces. Las narices aspiran un olor ingrato: un cerdo gigantesco, sin pelos, de color rosado, cuelga a plomo sobre la acera; le han abierto las entrañas y el hocico está húmedo. Boris se reúne con nosotros; el coche con patatas nos había separado. Habíamos bebido café y licores en los cafés de Saint Germain. Pero los camareros comenzaban a poner las sillas sobre las mesas: del Bonaparte pasamos al Deux Magots, de ahí al Café de Flore; por último, paramos en La Reine Blanche, pero hervía de pederastas que miraban a Luisa ardiendo de envidia. En verdad, a las cuatro de la mañana, París vivía en Les Halles.

II En la esquina de la calle de la Gran Truhanería nos sentamos a una mesa en la calle. Una matrona robusta y desaseada fríe papas en una cocina ambulante.

—S'il vous plaît, madame!

Trois portions de frites et un demi de rouge!

—Toute de suite, m'sieurs dames.

Pero se da tiempo, la madama. Despacha primero a la clientela de pie, arrojando un manotazo de papitas en los cucuruchos de papel. Examina de cerca las monedas, las guarda y distribuye las porciones. Enjuga las manos en el delantal y entra pesadamente a la taberna. Reaparece con mi garrafito de vino tinto.

—Voilà, monsieur.

No hay medida más saludable que el medio litro. No es suficiente para tumbar a un hombre, pero provoca una grata fermentación en la cabeza. Si traspones ese límite tu lucidez se vuelve tor

peza y pierdes dominio sobre los problemas escatológicos. La mujer nos sirve las papas en platos. Sus pulgares oleosos quedan impresos en los bordes de la loza. Yo saboreo con deleite el áspero vino de la mesa y escucho a Boris.

III

Su físico le había perjudicado. Varias veces en el día era interrogado por la policía. En los restaurantes no tragaba tranquilo, pues al poco aparecía un »flic«, recorría con la vista a los parroquianos y enderezaba insolentemente hacia mi amigo. Había sido una época ingrata. En la periferia de la ciudad ocurrían actos de terrorismo. Se hablaba de atrocidades venganzas practicadas por el Cuerpo de Investigaciones. La policía acordonaba las calles y charlaba con los morochos. Una estación policial próxima al Panteón fue ametrallada desde un coche en marcha. Carros blindados, azules patrullaban los distritos. Cada gendarme iba armado de una ametralladora liviana y tenía orden de disparar a la menor resistencia. Un comerciante medio sordo y un pintor borracho fueron agujeados en primer término. Boris (es moreno, de cabello negro enortijado, bigote copioso y ojos brillantes, africanos; su padre nació en Siria; había llegado a Chile como polizón de un barco salitrero y hoy posee una industria de tejidos. La población norteafricana no debía transitar por las calles después de las nueve de la noche. Para evitar humillaciones y excusas tardías, renunció al café y al cinematógrafo. Varias veces quedó sin cenar por esta causa. Sus manos recias y hermosas configuran un ballet sobre la mesa. Luisa las admira en silencio. Ahora sus dedos marcan el Sena y la mano libre, de canto, indica que se empinaba una madrugada por el Boulevard Saint Michel; un amigo le había arrastrado a una fiesta

y se bebió y charló por partes iguales. Boris caminaba con los ojos fijos en la punta de sus zapatos, rebuscando argucias para convertir a sus amigos a las ideas socialistas.

—Arrêtez! Stop!

Una voz bien timbrada retumbó enérgicamente en su nuca. Pero Boris no tenía curiosidad por los negocios ajenos; ya una vez lo habían cortado unos árabes, por entrometido. Apretó el paso sin volver la cabeza. Un camión de acero hizo chirriar los frenos y dos gendarmes azules se abalanzaron sobre el sospechoso. Boris vio dos hoyos letales frente a su pecho y pensó »no debí venir a Europa; la sociología no tiene importancia, yo quiero vivir«. Alzó los brazos. Sin palabras, uno de los policías tanteó sus ropas; el otro tenía el dedo sobre el gatillo de la ametralladora —¡Merde!— susurró el primero, porque había palpado algo duro. Como un cirujano, extrajo del sobretodo una caja redonda, de cartón. Quien apuntaba retrocedió instintivamente un paso. Su colega le miró azorado y aproximó la caja a sus oídos. En seguida —con un movimiento lentísimo— se dio a la tarea de abrirla. Su frente brillaba de sudor. La crispación nerviosa de los gendarmes permitía oír el compás vertiginoso de la sangre. La caja estaba abierta: era un Gruyère legítimo, el mejor postre de Francia.

Aquellos meses dejaron a Boris una úlcera que él mantiene sorbiendo café en tacitas.

IV La cocina de madame e centro de intenso abejorreo. No hay manera de reclamar servilletas; procuraremos diluir con la lengua el aceite de los dedos. Una ancianilla discrepa airada consi-

misma; su carrito de verduras le da quehacer; pero no ceja.

V Hemos terminado nuestras raciones de fritas. Boris y Luisa han pedido café y yo aspiro —a través del paladar húmedo de vino— las fuertes bocanadas de un Gauloise. Estos cigarrillos rascan el pecho y los intestinos; cuando uno ha comido y bebido fuerte, no hay mejor digestivo que un Gauloise sin filtro.

VI Una pareja me distrae. El hombre, bajo y fuerte, con una casaca de cuero, entrega unos billetes a la mujer. Un transeúnte la roza ligeramente en el codo y le pregunta cuánto. El hombre de la casaca le amaga en seguida un rechazazo en las carretillas. El transeúnte replica sin vacilar y las narices del marido ofendido comienza a sangrar. Surge un rubio, alto y atlético, y sus puños de martillo tumban en dos tiempos veloces al ofensor. El espacio se llena súbitamente de hombres airados. Nos levantamos como muñecos de goma. El rubio arroja al suelo a nuevos contrincantes. Una mole de fuerza y sudor me hace trastabillar: es un hombretón fornido, de espaldas cuadradas y ojos idiotas, rojos de ira. Irrumpe como una bestia y queda un instante inmóvil, parpadeando, desorientado. Va a quitarse la americana cuando una mujer indica con el dedo a un individuo que observa con los brazos cruzados. De inmediato, con una fuerza vertiginosa, el gigantón descarga su enorme puño contra las sienes derechas del curioso; el aludido se desploma como una cortina.

—»¿Por qué, por qué él?«

Estalla el cuero de la casaca y el asesino la desprende con suavidad; la pliega, entra al local y la da al tabernero, quien no ha abandonado el mesón. La lucha se ha hecho general. El hombre bestia se precipita nuevamente y sus manos obran como catapultas. Hay veinte, hay treinta hombres de labios apretados, golpeándose a conciencia, sin un quejido, sin un juramento, a una velocidad pasmosa, porque la sangre es caliente, porque han pegado a tus amigos, porque hay tanta miseria y la madrugada pone a prueba los músculos. Se escuchan solamente los impactos, el ruido de los cuerpos que caen y se levantan, la respiración acezante de los atletas. Son obreros del mercado, cargadores, matarifes, camioneros; visten ropas de trabajo y vuelcan las mesas, derriban con los codos a los mirones y resisten estoicamente el castigo y dan a su vez con las manos cerradas, con los pies, con la cabeza. No esquivan casi los golpes; pelean cara a cara, sin navaja, sin fierros, gozando. Cada uno dejó a una mujer en su lecho, rozó la frente de un niño y calentó en la oscuridad una lata de café amargo. El atleta rubio ha perdido el saco y ahora se enfrenta con el matón. Su puño corre veloz y el ojo izquierdo del contrario se infla súbitamente de sangre. El hombronazo, semiciego, resopla con furia y descarga toda su corpulencia sobre su ágil contrincante. Este soporta impasible el atroz castigo, pero —ahora— un golpe sordo en el diafragma le derriba. Cae de bruces, boqueando. Antes que se recobre el vencedor cae sobre él, lo vuelve de espaldas y —las manazas agarrando los hombros— le sacude varias veces la cabeza rubia contra el cemento de la calle. El carnicero se yergue, tocando lastimeramente su ojo herido, mira el cuerpo convulso de su enemigo y le asiesta una cox en las sienas.

La atmósfera se carga morosamente de fatalidad. La presencia de la muerte como asco nos dice que todo estuvo mal y es irrecuperable. Luisa me ha abrazado y solloza en silencio, con los ojos cerrados. Sus pechos tiemblan como pájaros, tibios contra mi carne. Los hombres recogen sus ropas, pensativos. Roído por un desagrado sobrenatural, me aproximo al cuerpo. La cabeza disemina rayas de sangre sobre el asfalto. El líquido escurre en hilillos por las comisuras de la boca. El cabello de trigo está oscuro. Un hombre se acerca a ayudarme y agarra por los pies. Me inclino a coger los brazos y recibo un puñetazo en el pecho. Caigo de traste, alegremente, con una sonrisa de felicidad. Otros hombres —con esa mímica nerviosa de los franceses, que los extranjeros toman por iracunda —calman al atleta herido, quien quiere seguir peleando.

—Sois tranquile, Jean! La bagarre est finie! Arrête-donc!

Le arrastran al interior del local, ignorando las protestas frenéticas del tabernero. Jean pierde nuevamente la conciencia y es extendido sobre una silla. Se repone en seguida y se acerca al mesón; rechaza con brusquedad los ademanes de ayuda de sus compañeros. La cabeza cae, vencida, pero la fatiga no ha apagado un brillo de furia en sus ojos. Su rostro está ensangrentado y sucio. Sólo quedan unos jirones mugrientos de su camisa; el pecho de bronce, lampiño, bruñido por el sudor, respira con ansia. Todavía con los puños cerrados, ordena un vaso de coñac al mesonero. Este se niega, protestando que no desea enredarse con la policía. Le negó un vaso de coñac, el hijo de perra.

—V'là les flics!

Los interesados se retiran discretamente. Boris ha desaparecido. Jean reclama ira-

cundo su bebida. Los uniformados se abren paso por entre la multitud de curiosos. Son dos gendarmes vestidos de azul oscuro; una sonrisa cínica señala sus labios cuando comentan jovialmente:

—Une belle bagarre, hein?

El primero —la visera sobre la frente y una capa azul, la colilla de un cigarrillo colgando del labio inferior— interroga al mesonero.

—Je ne sais rien, monsieur l'agent! Je ne sais rien! Tout s'est passé hors de la maison! Celui-là (indica al herido con malevolencia; Jean le dirige una mirada de sorpresa), c'lui-là fut rentré de force au bistrot!

La policía pregunta por los responsables. El mesonero no ha reconocido a nadie. Los guardianes del orden dan un vistazo al lugar del hecho y se llevan al luchador rubio.

VII

Luisa quiere irse a dormir. Yo insisto: no podemos abandonar Les Halles sin antes probar una sopa de cebollas. Luisa me recuerda que no hemos pagado la consumición. Le explico que en circunstancias como éstas uno no paga la consumición; el propietario puede darse con una piedra en el pecho porque no le cerraron el negocio.

VIII

Braceamos nuevamente entre las pilas de cajones y el bullicio inverosímil del mercado. Un restaurante destartado nos invita: la especialidad de la casa se ofrece en un garabato de tiza en los vidrios, turbios y deslavazados. Las robustas cajadas de los parroquianos excitan los oídos. Es una madriguera pintoresca, el único cuadrado de color en el oscuro edificio de fin de siglo. Chillan los amarillos y

los rojos, absorbiendo el gris indefinido del contorno. A dos metros del suelo, un rótulo de tintas cursilonas.

»Au pied de cochon«.

Aquí, a las seis de la mañana, nos serviremos un caldo de cebollas, al pie del cerdo.

»Par ici, messieursdames«.

Pasamos frente a un grupo de obreros que alborota alrededor del mesón, apurando cerveza de Munich. Cuatro mujeres espléndidas, probablemente ebrias, dan escándalo entre las mesas. Han trepado las sillas y alzan descaradamente sus vestidos. Desde la barra, risotadas groseras aplauden sus actitudes. Tienen el rostro brillante de afeites; los labios gruesos, lujuriosos, untados de pintura roja o morada. Los largos cabellos, amarillos y negros, caen lacios sobre los vestidos de crepsatén, de colores chuscos: rosa, amarillo, púrpura. Descotadísimas. Menean obscenamente el vientre y las caderas, sin soltar sus bolsos colorados. Las uñas largas, rabiosamente esmaltadas: sus manos recias y feas dibujan gestos impúdicos en el aire. Chillan, cantan y juran con la voz gruesa, desagradable. Luisa me mira asustada y me hace prometer que no les dirigiré la palabra. Nos dan una mesita próxima al improvisado espectáculo. Las mujeres me saludan:

—Bonjour, mon gars, douce queue des mes rêves!

No les hago caso y tomo asiento, tranquilizando a Luisa. El mozo se interpone, defendiéndome de la ninfa que viene a abrazarme.

—Tu laisses les clients tranquilles! Compris? Monsieur est sûrement étranger et tes bêtises l'embêtent! Tu m'écoutes, non?

Los comensales ríen estrepitosamente a mi costa. Al camarero dirijo una sonrisa

cortés y le ordeno, pronunciando lo peor que puedo:

—Deux soupes à l'oignon et une bouteille de champagne bien frapée!

Las mujeres ocupan una larga mesa manchada de vino. La preside un hombre exageradamente obeso, con una servilleta anudada en la nuca. El individuo carece de barbilla: gruesos rollos de grasa, temblando en torno del cuello, le desfiguran. Su enorme vientre le obliga a sentarse con las piernas abiertas, a una considerable distancia de la mesa. Los ojillos, aprisionados por tumores de carne rosada, brillan de gozo. Ataca con ahínco un asado de cerdo, se enjuaga la boca con vino rojo y eructa de placer. Gasta bromas picantes a las mujeres y cuando éstas se ponen a su alcance, les pellizca las nalgas. Nuestra botella llega dentro de un balde, nadando entre cubos de hielo. Apruebo el sello, sin apenas mirarlo, y el mozo echa una servilleta al gollete. Arranca con destreza el pape dorado y una de las mujeres suplica:

—Ici, mon vieux, ici!

Se indica el sexo. El camarero apunta con displicencia al techo y el corcho dispara con estrépito hacia arriba.

—Dommage.

Comenta la mujer. Un coro de risotadas festeja su desencanto. El mozo se acerca ahora con dos humeantes escudillas de greda:

—Voilà la soupe à l'oignon m'sieursdames. Bon appetit!

El gordo llama a una mujer: le pide un beso. Ella se inclina y las pulpas carnosas se buscan, se susccionan, se mojan. Mientras los espectadores cuentan a voz en cuello, desternillándose de risa, una mano rechoncha hurga escote adentro.

—Un, deux, trois, quatre,

cinq...

Las otras mujeres besan a

los varones en la frente.

—..., douze, treize, quatorze.

»Algo no ajusta bien« —reflexiono de súbito, rompiendo con la cuchara la costra de queso asado. —»Son hombres«— me advierte Luisa con desesperación.

—..., trente trente et un,

trente et deux,...

Eso era: sus cuerpos desgarrados, la tosquedad de sus manos, el meneo sin gracia, la voz gruesa, el cuesco de Adán. Son hombres que aprovechan la libertad de la fiesta en medio de la Cuaresma para darse gusto. En otra época deben resignarse a los pantalones o algunos cabarets especializados en sus talentos; pero allí exigen un doloroso tratamiento de masajes, brebajes e inyecciones. El mari-macho más cercano a nosotros ha abierto su bolso; extrae un espejito y otros utensilios de tocador. Advierto que se ha rasurado con navaja las mandíbulas y el bigote; se protege de nuevo con polvos y colorete. Coge una escobilla minúscula con pomada y repasa las pestañas; con un lápiz de rimel se oscurece las cejas y marca unos puntos en ángulo de los ojos. Oh, esta sopa horrible de queso asado y cebolla no fue concebida para mi estómago. La aparto con asco.

—Soi... xante! Bravo!!!

El hombre gordo enrojece de satisfacción y enseña con orgullo su trofeo: un postizo tieso, almidonado. La barra aplaude, regocijada. En mi país lo habrían apaleado. El ser despojado emite chillidos, defendiendo su maltratado pudor. Recupera la prenda y su pecho se abomba nuevamente, entre las

pullas obscenas del público. Seca su boca con el revés de la mano e invita a sus »compañeras« a acompañarla a los servicios.

—...ces hommes son tellement mechants. Les cheries, venez!

Pasan a espaldas nuestras. Huelen a perfume barato, a axila y a pomadas. Suben al piso superior. El gordo se desploma gozoso contra el respaldo de la silla y se escarba los dientes con un fósforo quebrado. Bebemos champaña con ansia. Las burbujas heladas cosquillean el paladar, aliviándonos. El aire está caliente, cargado con la respiración y las sudoraciones. La barra concentra su alegría en la cerveza de Munich.

Una ovación cerrada aclama la reaparición de los marimachos. Estos descienden las escaleras alzándose los vestidos en agradecimiento; se arreglan las medias, enseñando —para diversión general— muslos y ligas. Sus rostros han sufrido un refuerzo de pintura. Los seres se acercan y presiento —alarmado— que el primero se inclinará a besarme.

—¡No!

Grita Luisa en español, poniéndose de pie y protegiendo desafiante mi cabeza. El horror, la indignación, los celos enronquecieron su voz. El marimacho retrocede y a estos celos magníficos el público depara una ruidosa carcajada. »Gracias, mi amor«. Sus labios están tibios y tiemblan.

—Elle sait bien garder son homme, la petite!

Comentan »las mujeres« con buen humor. A las siete abandonamos el local, sin atender a los gestos y palabras de adiós de los hombres en traje de hembra.

La frescura de la mañana,
el olor vegetal de los cajones nos reanima. Cierro los
ojos y mis narices gozan la invasión de átomos vitales,
rotundos.

Un aplauso

Anunciaban una gran concentración pública. La prensa, la radio, los carteles que empapelaban las murallas, los volantes desparramados por las calles invitaban al pueblo francés y a los señores turistas a adherirse al acto. En la Place de la République hablaría el General. Todo el mundo quiso ser de la partida. Quien por radiotelefonía o televisión, quién directamente, todos se aprestaban a oír el programa político del General. La expectación era enorme, pues en aquellos días nadie barruntaba hacia dónde se encaminarían los pies. Se hablaba de una liquidación de la Cuarta República. Argelia y Córcega exigían una resolución. La prensa extranjera se mordía las uñas.

A través de la UNESCO obtuve una invitación de prensa. Fue relativamente fácil, pues mi nacionalidad es intachable. Yo también quería ver de cerca al General. Una señora española muy hermosa, republicana de profesión, me atendió con coquetería. ¿La UNESCO? Es un gigante de hormigón, ultramoderno, con interiores blandos de corcho portugués, con murales de Picasso, de Miró, de Matta, de Tamayo.

Me serví del metropolitano. El tren iba de bote en bote. En République no nos dejaron subir: la estación había sido clausurada. Los pasajeros se encolerizaron.

—¡C'est ça qu' on appelle la Liberté en France!

Vociferó un hombre de boina, dando un fuerte bofetón a las puertas: todo el carro

comentó favorablemente sus palabras. Pudimos salir en Parmentier. La muchedumbre en marcha tapaba por completo la Avenida de la República. Los muros, los cilindros de propaganda, la comba verdácea de las vespasianas construidas por la Revolución Romántica repetían incansables la gran cita pública, a las cuatro de la tarde.

Muy pronto fuimos detenidos: una barrera densa de soldados cerraba el paso. En un radio de seis cuadras, la Place de la République estaba bloqueada en todas sus vías de acceso. Pegados unos a otros, el pecho hacia el gentío y el fusil descansando al costado derecho, los soldados obstruían la vía. Mostraban aspecto malhumorado. Las masas defraudadas discutían coléricas, a voz en cuello: la rechifla no cedió un instante. Se oían gritos aislados, difíciles de localizar, que constituían desacato. Un oficial buenmozo permitía el paso a la prensa invitada y a los portadores de una tarjeta amarilla. Las guías altaneras del bigote le daban un aire anticuado de litografía. Me hizo pasar en seguida, inclinándose levemente.

Las calles que conducían a la Plaza estaban sucias y despobladas. Aquí y allá, camiones cerrados, oscuros como sarcófagos, y patrullas de la policía. Pronto sentí la respiración de la muchedumbre en espera. Destacamentos armados obstruían las ocho bocacalles de acceso. Vagones azules, de espaldas a la multitud, aguardaban inmóviles. Sus puertas traseras estaban abiertas, descaradamente, y dejaban ver —sobre la plataforma de acero— una ametralladora en actitud obscena. Miembros del Cuerpo de Investigaciones habían tomado posesión de los tejados; se recordaban nítidos contra el cielo opaco de París; con hermosos prismáticos escudriñaban las callejuelas, las ven-

tanás, los rincones, el dorso inquieto de la multitud embotellada en la Plaza.

Eso fue todo. Conseguí llegar a los asientos de prensa. Sobre el tablado había una docena de micrófonos; cámaras filmadoras, aparatos de tv, fogonazos. Aplausos unánimes entrecortaron el discurso del General. El héroe del otro día era el héroe del día. Cada espectador guardaba una invitación amarilla en el bolsillo y no se hacía cruces para batir las palmas y vitorear con estridencia. El General había vencido nuevamente. El público fue enfocado por la televisión y las máquinas filmadoras. Pistolas de magnesio apuntaban a la multitud delirante. La prensa registró la vasta popularidad del líder.

Baile

de escobas

Charlotte tomó el barco en Dakar y desembarcó en Cannes. No recuerdo cuántos días permaneció como pasajera. No más de tres o cuatro. La conocí dos jornadas antes de su recalada en la Riviera. Había cruzado el puente con un Citroën tiburón, una sirvienta negra y cinco hijos, el mayor de diez años, Jacques. La vi una noche en el salón de baile. Ocupaba una mesa con todo su séquito.

Yo había interrumpido en Recife mi comercio con Angela, la española, porque ella prefirió los favores de la oficialidad y Teresa, la chica argentina, se obstinaba en melindres, tal como si no hubiera dejado su calle de Santa Fe. No se encontraba aquella noche en el salón.

El caso es que pedí un baile a la hermosa señora francesa. Aceptó encantada. La orquesta interpretaba esos ritmos italianos que yo después, en los locales de Hamburgo, habría de escuchar hasta el hastío. Pero entonces los oía por primera vez.

Así fue como a través de un fino pantalón de canícula, mi cuerpo tomó por primera vez contacto con el vientre fuerte, admirablemente bien torneado de las señoras francesas. Charlotte lo ajustó exactamente; se adhirió en el acto con naturalidad. Tenía más o menos mi estatura, de manera que el impacto acusó una respuesta que a ella no pudo pasar inadvertida. Sin embargo, yo carecía de experiencia con señoras francesas y tomé el abrazo con la pachorra que me prometí adoptar frente a los hábitos europeos.

Me invitó a su mesa y ordenó al mozo limonada con hielo para todos. Le ofreció un escocés con soda, pero ella insistió en la limonada. Procuré hacerme grato a Jacques. Charlé largamente con mi nueva amiga. Perfeccioné en el campo ese juego de zancadillas al que Charlotte concedía especial importancia.

Con todo, nuestras conversaciones no tenían nada de flirt. Era una mujer muy cultivada. Hablamos de literatura comprometida y arte abstracto. Ya se sabe: un reflejo de estos tiempos de caos, afán de retorno al orden clásico, el choque de clases y las manos sucias. Mientras relataba su vida en Africa, busqué en vano fisuras en su historia matrimonial. Finalmente se excusó —yo había hecho servir otra ronda de limonadas, ganándome a Jacques— porque estaba fatigada y su primogénito debía meterse en cama. No insistí. Se despidió con una sonrisa muy amable hasta el día siguiente.

Barcelona. Eludí un encuentro en el muelle, porque visitar mi primera ciudad europea con una señora francesa y cinco hijos, sería exigirme en desmesura. Pero di con ella en el puerto, cerca de la estatua de Colón. El ojo marinero del almirante avizoraba a su colega Nelson, allá lejos, al norte, empingorotado a cuarenta metros de altura sobre Trafalgar Square.

Charlotte buscaba un taxi con desesperación. Detuve uno, arreglé el precio con el chofer: una vuelta turística de dos horas.

Ella me agradeció con sus grandes ojos de azul acero y su cuerpo tan tenso y prieta su piel, tan flexibles sus miembros. Las pantorrillas marcaban un dibujo firme, de bailarina. Rubia. La piel atezada por el sol de Africa, como una mulata.

Esa noche después de la cena nos sentamos a una mesa en el salón de baile. Es la víspera del arribo a Cannes. La negra ha desaparecido con los hijos menores. Limonada con hielo, baile y charla. Estoy con ella y Jacques.

El maestro de ceremonias convoca a un concurso. Una escoba irá de mano en mano; la orquesta ejecutará una melodía y al terminar —la interrupción será brusca— la pareja que se encuentre en poder de la escoba se retirará de la pista. Nos inscribimos una treintena.

La orquesta corta la música tras dos o tres compases, por manera que el número ralea rápidamente y nos vemos de súbito entre sólo diez cópulas rivales, todas jóvenes y aguerridas.

Gobierno mis nervios a maravilla, como me es habitual en circunstancias críticas, y hasta me sobran hígados para sonreír a Charlotte e indicarle con la barbilla los rostros de los enemigos. Merecen verse.

Ella sonríe con dulzura, ausente de la justa. Se abandona a lo que yo sea capaz de hacer, se entrega con la boca semiabierta —quizás canturreando la melodía del instante— a mis brazos. Ahora la orquesta prolonga cruelmente los tiempos, se complace en simulacros de golpes finales, el público azuza con pullas y carcajadas.

Así es cómo quedamos tres colleras en la liza. La segunda es zarandeada por un italiano de baja estatura, de complexión recia, cuadrado de espaldas, nervioso y huidizo como un piojo. El hombre hace visajes y morisquetas: alma y vísceras se juegan enteras en este asunto de honor o muerte.

Tengo la escoba en la mano y la demoro en ella, jugando con la suerte. Cuando creo

que la tensión va a romperse, atrapo al italiano. La agarra con ojos de terror y la arroja vertiginosamente al tercer varón. Me he alejado con mi bella al extremo opuesto de la arena. El tercero quiere devolver la escoba al meridional, pero éste hace un viraje inesperado y consigue escapar: en ese momento la orquesta frena la ejecución.

El maestro ofrece una breve pausa. Apuro un whisky y el italiano me mira retador, aborreciéndome. Tiene muchos amigos. Pertenece a la ópera de Milán y su barra le alienta a todo pecho. Nosotros estamos solos y solamente Jacques parece tener liendres en las corvas. Charlotte me mira en los ojos y ambos sonreíamos de la importancia que se da a un juego tan tonto.

(»Pero si gano, la he ganado«).

Yo también hago de esto una cuestión de honor y mi sangre se encabrita como la de mi contrincante, quien no se está quieto un segundo y corcovea.

Exige que acabemos la partida. Recibo la escoba con una delicadeza amanerada, doy el brazo a mi dama e inicio el primer paso. El italiano se va al otro extremo de la pista. Me aproximo, cerrándole la marcha y ha de aceptar la prenda. Me la devuelve de inmediato, mientras sus dientes rechinan desagradablemente. Los mirones lo abuchean. Mantengo la calma, no hago gesto alguno de sorpresa y encajono de nuevo —un desplazamiento súbito— al italiano en su rincón. Charlotte me secunda admirablemente. Ignoramos dónde termina mi cuerpo y dónde empieza el suyo, lo que resulta una premonición muy halagüeña. Ahora soy yo quien —no más libre de la escoba— se escabulle con cuatro giros veloces. El hombre se pone

asmático de coraje. Levanta en vilo a su dama y corre derechamente a mi encuentro. Va a entregarme el palo cuando aprovecho un brusco envión de la orquesta para evitarlo. Se detiene en seco, sin comprender, con el brazo tendido. Se abalanza. En este lapso de segundo, sé que los músicos van a cortar rotundamente por lo que queda sano. Pero no puedo huir. Acepto la escoba mientras los platillos se dan de cabeza, pero también mientras se entrechocan la devuelvo al italiano, con serenidad, sin réplica, ordenándole con los ojos y la boca: —Prendi... y él la recibe, justamente cuando la sala atruena con la reventazón de los platos. Nos declaran vencedores. El italiano anuncia a grito pelado que me matará. Yo sé que cuando un tenor lo quiere matar a uno, conviene esperar.

Sus amigos le disuaden y él echa maldiciones a su compatriota, el maestro de ceremonias. Dice alguna cosa muy fea, porque sus amigos le taponean la boca y el maestra sala se dirige en forma airada al grupo. Yo no podría actuar mejor: me acerco a mi derrotado rival —me interpongo en realidad entre él y el ministro injuriado— y le invito, con su bella señora (esto le halaga) a nuestra mesa. Que el premio lo merecíamos ambos y debíamos compartirlo. Que abrigaba la seguridad de que él no haría otra cosa, en el caso de haber sido declarado vencedor. Con lo último, lo he desarmado, lo dejo boquiabierto y sus amigos me sonríen y le palmean las espaldas. El maestro de ceremonias, a quien se le había ido la sangre por un instante, respiró aliviado y ofreció una segunda botella de champaña. Nos presentamos, nuestras señoras se dan sonrientes las manos y los viejos rivales se estrechan en un abrazo que han de sostener hasta que los fotógrafos se dan por satisfechos. No sé dónde yacerán esas

fotografías; probablemente las envié a casa y figuran en la fototeca de mamá.

Traen el balde con los cubos de hielo, con la primera botella adentro, y Jacques sólo tiene permiso para beber un trago, del vaso de su madre, quien se niega —pese a que pido un vaso para Jacques— a que su hijo mayor permanezca entre nosotros. Amoscado, Jacques obedece; me sorprende su docilidad. Paso una mano por su cabeza y le deseo las buenas noches.

Lo sé. Por vencer en ese juego tonto, la he ganado. Charlotte me observa con seriedad.

Bailamos unos ritmos muy lentos. La orquesta parecía advertir que festejábamos algo especial, que iba más allá de la champaña. Después nos servimos una tercera botella, ordenada por mí; luego una cuarta, a cuenta del italiano, contra mis protestas. Nuestro nuevo amigo nos cantó varias canciones, para despertarnos —nos decía— »una dolcezza al cuore«.

Nosotros estábamos siempre ceñidos del brazo. Solamente al bailar habíamos juntado nuestras mejillas. Sentados, la besé largamente en el cuello, de repente. Cuando alcé la cabeza, ella mantenía aún los ojos semicerrados: los abrió y me sonrió.

La invité a mi camarote. Me replicó que antes debía pasar por el suyo a vigilar el sueño de sus niños. Dejamos el salón, tomados del brazo. Quedaban muy pocas parejas y sus comentarios no nos interesaban. Sólo lamento que Teresa nos observara.

Mientras Charlotte entraba en su dormitorio y dejaba un beso en la frente de sus hijos; cinco besos y la orden de dormir a la negra y re-

visaba su tocado ante algún espejo, y se perfumaba de prisa, corrí a mi cabina a preparar el terreno.

Yo viajaba en segunda clase, de modo que compartía el camarote con un ingeniero joven del Brasil. Era un hombre de treinta años, obeso. Se encerraba la mayor parte del tiempo en la cabina, se echaba en calzoncillos sobre su lecho —escogí providencialmente la litera de arriba, junto al ojo de buey— a pensar. Se tumbaba de espaldas, repitiendo: »yo necesito pensar mucho«. Encaraba una crisis vocacional, y era militante de una doctrina teosófica. Creía a rajatablas en el poder creador del pensamiento. Tal vez renunciaría a su beca en París, para hacerse sangrar en las aguas sagradas del Ganges. También lo excitaba la posibilidad de visitar los lupanares de los »viccolos« en Génova.

El cuarto estaba siempre envuelto en una atmósfera ingrata, con su olor a sudor y calzoncillos oxidados, con ácidos de orina. Además el hombre salpicaba el espejo sobre el lavabo, con pasta dentífrica y saliva. Lo urgí a vestirse, abrí violentamente el ojo de buey y le rogué que procurase pensar en cubierta o en el bar durante el resto de la noche. Yo le iría a buscar por la mañana.

El pensador acogió la sugerencia con imperturbabilidad y desapareció en seguida.

Cogí una toalla, limpié el espejo y arrojé el paño cerca del lecho, porque uno nunca puede saber si una señora francesa exige precauciones a última hora. Por otra parte, se trataba del lecho del brasileño; no podía obligar a Charlotte a encararse en mi litera.

Yo tenía toda la razón del mundo al presumir que una señora de treinta años, francesa de nacimiento y radicada en Africa del Norte,

madre de cinco hijos guapisimos y excelente compañera de baile, sería para mí una insuperable pedagoga. No superó el discípulo a su maestra, en esa ocasión, pero ella dejó al pupilo chileno a las seis de la mañana, ella también con surcos bajo los ojos, que reían.

»Adieu, mon prince«.

Encontré al brasileño echado de espaldas en un rincón del salón de baile, zapatos y medias tirados por el suelo, los pantalones cubriéndole los pies, los calzoncillos entreabiertos, meditando.

Me empeñé en que desayunáramos juntos.

Aquí

estamos mejor

que enfrente

Sólo un chistido de insectos entre las hojas: aquí se pudre el Benefactor, el Generálísimo, el Primer Toro de la Patria, lejos de la isla donde instalara su portentosa fábrica de horror. No negaron sagrado a quien dejó caer los cuerpos emasculados en la selva, después del vuelo de escarmiento sobre el país, desde los helicópteros provistos de garfios que asomaban de las bocas. Guerrilleros de azul resoplan a carrillo hinchado; diez silbatos impacientes te empujan a un callejón de salida. Te despide Augusto Comte, yacente en su lecho de maleza, dentro de un minúsculo enrejado cuyas herrumbres hieren los dientes.

Afuera —contra el muro— necrofílicos de todas las naciones escribieron obscenidades.

Puede oírse la música de un Wurlitzer. Enfrente hay letras encarnadas de neón, prostibularios párpados de luz:

»On est mieux ici qu' en face«.

El sol se ha tumbado detrás del murallón. Un éter color de naranja paraliza al mesonero tras la barra, los licores en el espejo, el trío de sordomudos trepados en taburetes, la anciana a quien llaman La Marsellaise, la matrona, los brazos y bolsos de sus discípulas sobre los rectángulos, alcuza, vasos repletos de pajaritas de papel, Anastasio el baldado, el

músico, aplastado en la silla, rescatando la claridad en sus enormes ojos de batracio.

Francisco está de espaldas a la ventana, con la papeleta de apuntes y el vaso de Pernod. Su rostro se ha borrado. Te sientas a su lado: las figuras vuelven en sí mismas.

—Une bite, une bite! —añilla la matrona, corroborando su amor por los hombres.

Qu'est ce qu'il fait,
l'amoureux,
dans le cabinet?

—Il pise! —chilla una voccecita entre sus piernas. Un jovenzuelo rubio, enjuto, se desprende de la mujerona y va también *faire pis*. Cruza con el enamorado, quien se reúne con la muchacha que ahora descubres a tu lado, sentada en el mismo largo escaño bajo la ventana, de espaldas al crepúsculo.

Locuaz, la maestra endoctrina a sus pupilas; sonríen y se avían sin prisa para el trabajo, humedeciendo las medias, dándose un unto de labios o de ojos, me gustan como palos de billar: largos, finos y duros, a mí me los den gruesos y cortos como chatos de tinto, dime Anastasio, ¿qué te hace gozar más: te faire branler par les ouines ou les pedales? O la la, te has mojado el pantalón, Bébé. Oui, j'ai pisé en dehors, quoi. El joven de pequeña estatura, de bigotillo rubio y ojos tímidos, y la mujer corpulenta se besan, chupón a chupón y lengua y lengua, sobándose recíprocamente: el maní del hombre y un orificio por donde cabe un puño entero. El de Jack Dempsey.

Me llaman La Marsellaise. Mis cuarteles quedan en la cuarta grada de una escalera, en el 29 del Boulevard Sébastopol. Gano con los hom-

bres más dinero que estas chicas presumidas. A mí ya no me cafica nadie. Este es mi oficio. Sin contar el colmillo derecho, tengo las encías pelonas y puedo accionar mis pulmones. No hay macho bien de joda, ni ebrio alegre o intelectual refinado, que no desee acabar una juerga con el himno nacional. Los espero a contar de la medianoche: mientras ellos pierden el aliento, yo resoplo la Marsellesa por el hueco detrás del colmillo. Quien no se domina paga tres veces; cinco, el asqueroso que hace aguas. Todo París me conoce. Soy una institución.

Francisco viene todas las tardes. Su estatura es elevada, fina, los ojos y el pelo son negros y las uñas muy largas, con medialunas de color azabache. Siempre viste de oscuro ropas de mucho uso que espejean contra el sol. Ahora lleva el Chesterfield impregnado de corpúsculos de caspa, con un filete indeleble de sebo sobre el cuello de terciopelo. Su vida tiene un sentido: el odio a España.

Los españoles copulan a la muerte. Es un país de sombras y de muertos. Yo los he visto, vestidos de pana negra y chales negros, salir en familias del pequeño pueblo castellano y seguir una cruz tras otra cruz por el camino de polvo hasta alcanzar el cementerio. Es su paseo de los domingos. En la entrada de cada aldea está el humilladero con la cruz implacable y vi Cristos hediondos de agonía y Dolorosas llorando sobre un falo yerto. Hay campanadas porque un vecino muere y todos, al nacer, mueren. España es una pestilencia que derrota el alma. Empecé a morir en Colombia; morí en Madrid, en una casa de huéspedes de la calle Zorrilla, entre sopas de fideos, acidez de vinagre y mal olor de boca, sábanas color fraile y tesituras de esperma involuntaria, dentro de un cuarto —embudo sin ventanas, sumidero de aire espeso, encima del

taller de un taxidermista. Odio a los hijos del incesto, a los caídos de la Guerra Civil, que penan y fuman en los cafés; sus escupitajos crujen a mi paso y al anochecer son repugnantes ojos en martirio. Me requieren en el suelo de las tascas, alojados en caparazones de moluscos que trituro con el pie. Hay dos millones de ojos perpetuamente abiertos, reventados a la luz de la luna y los faroles. Odio esa brisa de sangre entre los árboles de España, los desconchados de las balas, la desolación de la tierra y el huevo de la muerte en cada libro, en cada cuadro y cama, en todo sonar de voz o guitarra o campana. No puedo dormir, no puedo vivir. De noche las madres, ya sin edad, retoman su puesto en las hornacinas de las calles, empotradas contra la pared, en las esquinas: aguardan a sus espectros y ofrecen cerillas, cigarrillos al menudeo, hojas de afeitar. De día es el ulular de los ciegos, el número capicúa, capicúa, abre forados en las sienes y la mirada vítrea me persigue. El novio pregunta: —Esas campanas ¿por qué doblan? —Son las vísperas, la novena de San José. Prepárate. —Estoy preparado. —Prepárate, que ya voy. —¿Quién es el Cuco? —La novia engruesa la voz: —La guadaaaa-ña. Nunca volveré a Colombia. Detesto su lengua, su violencia, su apetencia de muerte que en España es un paroxismo nacional. Era un niño cuando envenenaron a mi padre. El general Ramón García Roldán: incorruptible, demócrata, tenorio. Los sombreros se humillaban, el pueblo lo aplaudía. Su candidatura a la Presidencia estaba asegurada. Veo a los marinos detrás de las bayonetas, la hoja desnuda hacia el suelo de la catedral, los brazos cruzados a la altura del pecho, los codos desplegados en triángulo, mirando derecho adelante, sin parpadear, alineados en dos filas a lo largo de la nave central. Veo el cortejo, a pie por las avenidas agolpadas de público, el ataúd envuelto en la bandera de Colom

bia, sobre una cureña. Detrás el caballo blanco de mi padre, llevado de la brida por un ordenanza que se llamaba Alberto; lloraba. Seguía el Presidente con su comitiva y después el hijo, quien pisa al Presidente en los talones, pero éste no se vuelve. Han destacado a seis mil soldados sobre la avenida que desemboca en el cementerio. Oigo el vozarrón del primer oficial: »¿Ramón García Roldán?« y oigo la pregunta repetirse, retomada por oficiales dispuestos a lo largo de un kilómetro, otra vez y otra vez como un jadeo de trompeta, hasta la última, a la cual seis mil hombres responden por uno solo: »¡Presente!«. Los discursos y al final, al ponerlo en tierra, el corneta, solo, acuchillando el aire. Mi madre era la mujer más elegante de Antioquia (que lo mismo es decir de todo el país). Muchos ya la consideraban como la primera dama de la república: su piel tomó color ceniza, se recogió el pelo en un moño de sirvienta, dejó joyas, afeites, vestidos, reuniones, y con ojos lastimeros —dislocados— comenzó a frecuentar las mansiones de los generales, suplicando la aceptaran de fregona. La gente comentó: se propone envenenarlos a todos. Pero madre sólo quería humillarse, servirlos, besar sus botas. Los responsables del asesinato ni siquiera están arriba hoy. Son hombres como todos: momias con úlceras y queridas y misas de Tedéum. A ti, Dios, las sobras, para pagar la paz de la conciencia cabrona.

—¿Qué vida hubieras deseado llevar, Francisco?

...me dieron una pitanza en Washington, en la embajada. Viví cinco años sonámbulos y sedantes, leyendo periódicos, redactando resúmenes, entregado a la fornicación, que es el único entretenimiento de esa ciudad-isla. Mi departamento tenía espejos sabios, luces de colores, reproducciones de Mondrian y originales de pintores sudamericanos muertos

de hambre. Jugábamos al deleite del cuerpo, a pasear entre los cerezos que rodean a Jefferson, a estudiar la escuela italiana en la National Gallery, a las lunas de miel en Virginia, a reconocer senadores y personal del Capitolio —hasta que tuve la maldita ocurrencia de aburrirme. Así pasé a España, donde lo colombiano que hay en mí amenazó ahogarme; refloreció el miedo y empecé a hundirme como en un hoyo atroz. A mace-
rar el alma en la trampa, a sufrir el asedio. El pueblo llama »los negros« a los ejecutores del bárbaro rito de sangre de cada día. ¿Quién distingue, en España, a los vivos de los muertos? Envidio a los norteamericanos, escandinavos, alemanes, que encuentran un paraíso de luz, admiran los bailes regionales y ven en el ritual de la Semana Santa un paganismo despreocupado. Para ellos las piedras no hieden. Benditos, asisten a las corridas con la buena conciencia del protector de animales; los muertos no los acosan ni escuchan la fórmula »¡me cago en Dios!«. He visto, en un pestañear, cómo el paisaje se puebla de cadáveres, bajo un sol que parte en dos la cabeza. Se oye un crujido: »es Paco, el boticario; lo molieron a palos«. A los hijos de España nos requieren las sombras. ¿Has visto, en las escalinatas del Museo del Prado, a ese enano con dos corcovas que vende reproducciones de los deformes de Velázquez? »Yo soy el famoso Ricardito«, »y ésta es mi mujer« —agrega con risa de niño, enseñando— la manita en gesto lúbrico— a la Monstrua Desnuda de Carreño de Miranda. Ella se acerca a la hora de la siesta, patituerta, obesa, chillando nombres amorosos y los bocados de la merienda que trae en latas: pejerrey frito, sopa de pan con ajo, para mi amorcico. A dos cuadras de un mentidero de escritores, el café Gijón, hay una mansión de pesadilla, donde centenares de felinos maullantes corren y sestionan con las carnes desgarradas, mientras

el globo del ojo cuelga, vaciado de un zarpazo. Afuera, las ancianas los llaman por sus nombres y cada partícula de comida los enardece, removiendo un penetrante hedor de orina. La viejecita me dice: es el Palacio de los Gatos; nosotros los cuidamos, pobrecitos, se comieron a mi hermana Lupe, tenían tanta hambre. Y los inválidos exponen sus miserias, los mendigos su sarna, las madres, los pechos hinchados y venosos, los aristócratas su soberbia, el pueblo su delincuencia, y en el círculo más alto, con su terrible poder de arúspices, curvados sobre la sangre y las entrañas, dueños del infierno y la inmortalidad, los negros. Yo dudo de ser mortal; mis sentidos se derriten: la boca cae a pedazos, la piel se enfría, cegándose el oído, mientras el ojo yace fijo; soy mi esqueleto con la odiosa alma en hombros: sólo existen la muerte que vivo y esa eternidad que me da un ardite. Así me fui adentro de mi embudo y me puse a escribir —en inglés— mis propias notas del subsuelo. Quisiera someterme a una operación que me cambiara el alma y la lengua, todo lo que fuere España o Colombia. Por fin pude huir; aquí estoy feliz; aquí en Francia hay alegría de vivir.

Hay una prostituta embalsamada sobre el paño de billar, bajo una capucha de luz.

—¿Quieres tú resucitar?

Un poeta popular se puso en el caso de una oferta de Dios. Respondió:

Gracias, Señor; no fumo.
porque acabo de botar.

Los textos de este libro fueron escritos entre los años 1954 y 1965 en Santiago de Chile, Munich de Alemania y South Bend, Indiana, USA.